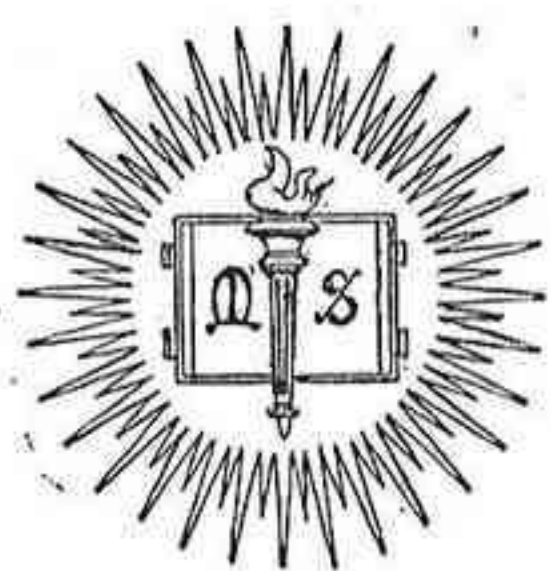


La Ilustración Artística



Artística

AÑO XX

BARCELONA 2 DE SEPTIEMBRE DE 1901

NÚM. 1.027



RETRATO, obra de Velázquez que figuró en la Exposición de pinturas españolas recientemente celebrada en Londres

(Reproducción autorizada por el propietario del cuadro, Mr. A. Sanderson)

ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos á los señores suscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el tercer tomo correspondiente á la presente serie, que es el primero de la obra de Augusto T. Arcimis

Astronomía popular

DESCRIPCIÓN GENERAL DEL CIELO,

nueva edición refundida de *El Telescopio moderno*, con inclusión de todos los importantes descubrimientos efectuados hasta la fecha y profusamente ilustrada.

SUMARIO

Texto.—*La vida contemporánea. Una vida*, por Emilia Pardo Bazán.—*El pintor alemán Federico Roeder*, por Federico Schaarschmidt.—*Idilio trágico*, por J. Menéndez Agusty.—*Boceto. La blanca y el negro*, por Juan O'Neill.—*El collar de Maricuela. Poema en prosa*, por José Torral.—*Nuestras grabados.*—*Noticia necrológica.*—*Problema de ajedrez.*—*Norberto Dys*, novela ilustrada (continuación).—*La danza de la Primavera.*—*Monumento á Chevreul*, por A. L. Clement.—*Máquinas para utilizar la energía solar*, por V. Berdrow.—*Vagones-acuarios.*—Libros recibidos.

Grabados.—*Retrato*, obra de Velázquez.—*El pintor Federico Roeder* y seis reproducciones de otras tantas obras del mismo.—Dibujo de Triadó que ilustra el artículo *Idilio trágico.*—*Mater Dolorosa*, cuadro de Sebastián Junyent.—*Don Germán Riesco.*—*El mendigo*, cuadro de A. de Ferrer.—*Sevillana*, cuadro de Abel Boyé.—*Un bautizo en España en el siglo XVII*, cuadro de Vicente de Paredes.—*El barón Adolfo Erico de Nordenskjöld.*—*La danza de la Primavera*, boceto de Sergio Hruby.—*Monumento á Chevreul*, obra de Fagel.—*Máquina para utilizar la energía solar.*

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

UNA VIDA

La que acaba de extinguirse al bajar al sepulcro, Joaquina Osma de Cánovas del Castillo, es de las enteras, de total unidad psicológica, inspirada siempre, desde la juventud, por un mismo sentimiento invariable, concentradísimo, fatal y mortal, como son esa clase de afectos, demasiado fuertes para que los resista la pobre organización humana.

* *

La noble mujer con quien casó en segundas nupcias Cánovas del Castillo, diez años después de la Restauración de Alfonso XII, tenía dos personalidades: una para el público, otra para sus amigos íntimos. El público la miraba, cuando no con sorda ó declarada hostilidad, con cierto recelo y extrañeza: sus amigos la adorábamos. Hablo de los amigos de última hora que, después de la tragedia del 8 de agosto de 1897, nos habíamos agrupado en derredor suyo, buscando y encontrando en la viuda de Cánovas lo último que quedaba de aquel hombre tan indiscutiblemente grande, cualesquiera que fuesen los errores de su política. — La frase que acabo de escribir prueba hasta qué punto viviendo Joaquina persistía la memoria reciente de Cánovas. Mientras Joaquina alentase en el mundo, jamás lastimaría yo su sensibilidad aludiendo á posibilidad de errores en el marido idolatrado, en el cual sólo veía las incomparables dotes y méritos que nadie le podrá negar, y no esos desaciertos que la historia juzga, y que son el lote de nuestros hombres de Estado, desde jay!, hace mucho, mucho tiempo.

Como yo no tenía — ni deseaba tener — el encargo de juzgar biográfica é históricamente á Cánovas, á quien tanto cariño profesé (no más del que merecía, del que inspiraba su trato), no cabía en mí aplicar una crítica minuciosa á sus actos políticos, y si la hubiese aplicado, también encontraría materia de alabanza en infinitos respectos, y siempre de admiración y de respeto para el orador, el sabio, el estadista de firme carácter y de inspiración rápida y poderosa. Pero sería conocer mal á Joaquina creer que la menor restricción no apenaría su alma. La hermosa venda del amor y de la fe cubría sus ojos, y su opinión era como su ilusión: completa, absoluta.

* *

¿Quién ahondará nunca el extraño misterio que encierra la génesis del amor? Reunía Cánovas del Castillo, de sobra, las condiciones requeridas para captarse la admiración de sus contemporáneos. Su palabra arrebataadora, sobria, intencionada, templada en Toledo, cincelada en Milán, era luz de la tribuna parlamentaria. Su enciclopédica erudición era adorno de las Academias. Sus escritos documentarán y guiarán á los historiadores futuros. Su iniciativa política, su enérgica voluntad, bien hemos visto, por triste experiencia, cómo constituían, en medio de

todo, un elemento de cohesión y de estabilidad dentro del desquiciamiento de España. Pero al dejar de ver en él la mentalidad y considerar únicamente la envoltura física, dijérase imposible el más leve indicio de amorosa turbación, especialmente en una niña aristocrática, dama exquisita, criada entre armoños y encajes, galanteada y cortejada por los más estirados petimetres de la corte. Cánovas era descuidado y abandonado en su atavío, indiferente á la exterioridad, hasta el extremo de que se contaba que sus levitas las probaba el secretario. Calzaba mal los pies y rara vez enguantaba las manos. Su rostro, aunque iluminado frecuentemente por los destellos de la inteligencia, era irregular y duro de expresión; sus ojos afectados de estrabismo. Veinte y pico de años llevaba de delantera á Joaquina en el camino del vivir, y cuando la condujo al altar, el cabello de aquel hombre ya tenía el baño de plata que revela, además de la edad implacable, la fatiga vital, el cansancio. — Y sin embargo, no pienso que haya habido en el mundo mujer más enamorada, más ilusionada, que Joaquina Osma, especie de Artemisa.

* *

¿A qué discutir este género de documentos humanos? Nadie los cree; la sociedad no quiere admitir los casos pasionales, que perturban su equilibrio, fundado en los sentimientos tranquilos, en los medios tonos. La sociedad es como la pintó Chambort: normal, prudente y escéptica: la pasión le parece lo que acaso realmente será: una demencia lúcida. Para el novelista, para el psicólogo, resplandece la belleza de esa demencia, si así puede calificarse. Pero la gente — ¡bah! — se asemeja á Fernando el Católico, que apenas enviudó Juana de Castilla le buscaba marido conveniente, sin pensar en cosa tan rara como la persistencia del sentimiento, eterno, indestructible.

La opinión no quiso ver en la elección de Joaquina sino un cálculo ambicioso, el afán de compartir la posición de un conde-duque de Olivares, amo de España. De aquí procedió la prevención satírica con que se juzgó el matrimonio, el carácter de Joaquina, sus menores acciones, hasta sus gestos, sus hábitos perezosos de americana, sus inocentes niñerías, por ejemplo, su afición á los animales domésticos, titíes, perros y aves. Mi observación continua me demostró que, fuese el que fuese el origen, allí pasión había, y pasión honda, con sus accidentes y hasta con sus torturas y sus sospechas, que caben en el alma más generosa. El origen pudo ser, no la ambición descarada y seca, ávida y egoísta, sino la admiración, fuente de amor, y de amor intenso. Dinástica ferviente, Joaquina admiraba en Cánovas al restaurador de la dinastía; dama del gran mundo, al ingenio de salón y al conversador delicioso; mujer intelectual, á la inteligencia (por la inteligencia sentía Joaquina una especie de culto, y era esta de las notas más simpáticas en su carácter). De aquí, lo repito, pudo saltar la chispa, y no es maravilla que saltase; el tiempo, la oposición de los padres, la extrañeza de los que la rodeaban, la creciente importancia de la figura de Cánovas, la convirtieron en hoguera. Dado el punto de partida; admitido el brote del amor hacia quien no atrae mediante las gallardías de la figura ni las elegancias del atavío, cada circunstancia confirma el fenómeno. La discreción y la gracia incomparable de Cánovas, sus triunfos políticos y parlamentarios, el propio espumero de odios, envidias y sátiras que reventaba á sus pies, debieron de ser parte á empeñar más en su resolución á la hija de los marqueses de la Puente.

* *

Realizado su ideal algo tarde; unida á Cánovas á los treinta y cinco ó treinta y seis años; perdidos, como ella decía, diez de felicidad, no hubo esposa más amante é irreprochable. No dejaba de encerrar peligros la situación de una mujer tan festejada y halagada, siempre girando en el torbellino de fiestas y solemnidades, con una corte masculina formada de hombres expertos y duchos, maleantes y maliciosos, que no conocían escrúpulos, ni respetarían la jefatura, en el terreno en que nada se respeta. El gustillo y el triunfo de turbar la paz doméstica de Cánovas tentaría á no pocos, y hubiesen sobrado moscones alrededor de la entonces linda y brillante novia. Sin huir de la sociedad, sin dejar de prestarse á cuanto exige una excepcional posición, dando en su palacio fiestas magníficas, que animaba con su viveza y su donaire, Joaquina salvó á la vez su fama y el sosiego y la dignidad de su compañero, y el furor político, de rabiosas fauces, no pudo hincar el diente en el hogar de Cánovas del Castillo.

La piedra de toque de aquel cariño fué la muerte. Ella probó, como sabe probar la gran reveladora, los quilates de un alma. Joaquina, que había sido una perfecta casada, fué ejemplo memorable de viudas, y á escribir hoy Luis Vives, la dedicaría con justicia el más expresivo de sus panegíricos. No era ciertamente el deber; era la pasión, la que ante el espectáculo del asesinato ofuscó la razón de una mujer débil aunque valerosa. Oír referir á Castelar las manifestaciones de aquel dolor sin consuelo, era como leer un drama de Schiller ó de Tamayo. Sólo en las regiones de la poesía creemos encontrar lo que la realidad nos brinda, no á cada momento, pero algunas veces, para probarnos que poesía y realidad son una misma cosa vista por diferentes aspectos. ¡Horas terribles, que determinaron la enfermedad mortal en Joaquina y aceleraron la explosión de la que latía oculta en el organismo de Castelar, habiendo hecho el anarquista, no golpe doble, como ahora dicen, sino golpe triple, y en qué víctimas! ¡Designios de la Providencia, juicios de Dios, abismo grande!

* *

Una mujer pagada de ostentaciones y vanidades, una mujer que no hubiese recibido á la vez la herida en el cerebro y en el corazón, y que pudiese, no digo olvidar, pero siquiera distraerse y aliviarse, tenía ante sí un porvenir relativamente halagüeño y dichoso, de lícitas satisfacciones de amor propio. Joaquina no había subido desde modesta esfera social á las alturas, ni volvía, al perder á Cánovas, á la modesta obscuridad de su origen: el título y la grandeza que recibió no recaían en persona á quien enalteciesen una pulgada, socialmente hablando; y su situación siempre eminente estaba ahora basada en la aureola del recuerdo del grande hombre, cuya falta se notaba más cada día, cuyo prestigio póstumo crecía al compás de nuestras desgracias. Libre, rica, ilustre, otra se hubiese resignado. Ella no podía: allá dentro no encontraba á qué asirse para vivir. Jamás olvidaré la primer entrevista que tuvimos después de la desgracia, cuando regresé á Madrid de mi temporada de campo. Duró hora y media, y creo que la desdichada señora no pronunció en ese tiempo veinte palabras. Sollozos convulsivos, unos brazos débiles que se crispaban agarrándose á mi cuello, un balbuceo confuso, en tono de queja confidencial, inarticulada, y sólo una afirmación enérgica, repentina — ¡demasiado demostrada por los hechos! — el deseo firme de morir, de morir pronto, de irse de aquí, de reunirse con él. Y la palidez de la cara; y la disnea congojosa, que dos ó tres veces me hizo levantarme con ánimo de pedir auxilio; y el temblor de todo el cuerpo; y el azulado matiz de los labios; y ese no sé qué indefinible de las grandes catástrofes interiores, decían más claramente aún que aquella mujer no podía, no sabía, no quería vivir. Era cosa resuelta.

* *

Cuatro años aleteó con la flecha clavada, con alternativas de aparente mejoría, con momentos en que sus fieles, Romero Robledo, el duque de Tetuán, Cerralbo, Castellano, Weyler, Collantes, Vilana, quien esto escribe, nos decíamos al salir de su lado: «Parecía muy animada hoy.» «Le ha sentado bien la estancia en San Juan de Luz...» ú otro de esos lugares comunes que se repiten creyéndolos á medias, por comunicarse una impresión agradable. En nuestra amistosa inquietud, cualquier síntoma nos era precioso: nos alegrábamos de verla animar su luto con un ramo de violetas, con un medallón de brillantes, ó de escuchar de su boca una agudeza, una donosa réplica, un rasgo de fino humorismo. — De pronto, nos avisaban tristemente los reiterados achaques, aquella debilidad y aquel desequilibrio nervioso, aquel no tocar á la comida, aquel volver á la idea fija, al recuerdo de la fecha siniestra, que cubría su espíritu como de un velo de sombra y sangre. — Y había instantes en que sabíamos que no estaba entre nosotros más que su cuerpo; su alma, allá, lejos, abismada, absorta en la tragedia, reviviendo el momento atroz, ensanchando la herida por donde se le iban el juicio y los restos de la quebrantada salud.

* *

Ante esa existencia que llenó un sentimiento, ante ese corazón que no pudo seguir palpitando después del supremo dolor, la posteridad hará como hizo el anarquista: se inclinará y repetirá: «No va nada con usted. Es usted una señora honrada, digna de mi respeto.»

EMILIA PARDO BAZÁN

EL PINTOR ALEMÁN FEDERICO ROEBER

La pintura monumental ha desempeñado en la historia moderna del arte, desde hace más de una generación, un papel especial de Cenicienta, que forma rudo contraste con la importancia que esta rama de las bellas artes ha tenido y tiene todavía en el desarrollo de la pintura en general. Durante la época del Renacimiento italiano, el arte verdaderamente popular hubo de circunscribirse á los palacios de los potentados y á las paredes de los edificios mal llamados públicos, ya que sólo entran en ellos los que por necesidad tienen que visitarlos; díganlo, si no, las casas consistoriales, las salas de los tribunales, etc., etc.,



El pintor FEDERICO ROEBER

y en cuanto á las exposiciones, preciso es confesar que proporcionan al pueblo mucho más arte pequeño del que puede digerir; de todo lo cual resulta que la mayoría de las gentes desconoce hoy por completo ciertas épocas de la moderna pintura mural alemana, así como de la flamenca y de la francesa. La misma pintura monumental de la actual escuela de Dusseldorf, que tantos adeptos cuenta en aquella ciudad, gracias á los esfuerzos de la Asociación Artística de los países del Rhin y de Westfalia, es casi menos conocida que la remota escuela del prerrenacimiento italiano ó del gótico alemán, cuyos restos han sido fotografiados, copiados, restaurados,

minuciosamente descritos y científicamente explicados, al paso que las pinturas murales que en el presente siglo se han ejecutado en Dusseldorf, yacen en el olvido más lamentable.

Y á esto puede deberse también que una serie de excelentes artistas que en aquella ciudad cultivan este género sean apenas conocidos, más que por sus nombres, y aun esto porque de cuando en cuando envían á las exposiciones algún cuadro de caballete que da fe de su vida.

Al número de estos pintores monumentales que alejados del torbellino del mercado artístico trabajan pacientemente, sin precipitarse, en obras destinadas á tener mayor duración de la que las modernas modas consienten, pertenece Federico Roerber que, si bien ha producido una porción de lienzos de estos que están más al alcance de la inteligencia de la masa del público, ni siquiera con ellos ha logrado popularizar su nombre, ya que todos estos trabajos han sido inmediatamente adquiridos por particulares.

Federico Roerber, nacido en 1851, aportó á la profesión de artista de alto vuelo la condición previa importantísima de una educación intelectual excelente, recibida en el hogar paterno. Su padre, el poeta de su mismo nombre, es el jefe de la escuela poética que en medio de la fiebre industrial que reina en Elberfeld encuentra medios y tiempo para rendir culto al idealismo y su casa es un verdadero centro de vida intelectual.

Criados en aquel ambiente, nada tiene de extraño que los dos hijos del poeta, Ernesto y Federico, escogieran la profesión de artistas, y terminados sus estudios literarios, ingresaran primero en la Academia de Bellas Artes de Dusseldorf y luego en el taller de Bendemann, cuando éste, en 1868, dejó la dirección de aquella, y se dedicaran á la pintura.

La guerra de 1870 interrumpió aquellos estudios; pero apenas firmada la paz, regresaron ambos hermanos á Dusseldorf para continuarlos. Federico separóse al poco tiempo de su profesor, después de haberle ayudado con otros varios

discípulos á pintar las salas de Cornelius de la Galería Nacional de Berlín y de haber demostrado sus excelentes aptitudes en la ejecución del telón para el teatro de Elberfeld, que pintó por su propia cuenta. Un cuadro de caballete que poco después expuso al público, la *Muerte del Papa Juan XII*, que reproducimos en la página 572, llamó poderosamente la atención del público y de la crítica de Dusseldorf, no sólo por su asunto, sino que también por su vigoroso colorido y por la habilidad con que estaba compuesto y pintado, conquistando para su autor un puesto de honor entre los artistas de aquella ciudad.

A este lienzo siguió otro de mayores dimensiones, *El emperador Enrique IV acogido en su huida por los ciudadanos de Colonia*, que en esta página reproducimos, obra que también mereció grandes elogios.

Un encargo de índole especial que le hizo la provincia del Rhin llevó á Roerber á un terreno en el cual había de demostrar en lo sucesivo, no sólo su talento creador, sino su actividad organizadora. Con motivo de las bodas del príncipe Guillermo, que se celebraron en 1882, quiso aquella provincia rega-



UN DÍA DE LOCURA DEL EMPERADOR WENCESLAO, cuadro de Federico Roerber

(Cierta día Wenceslao salió á pasear por las calles de Praga y mandó dar muerte á todos los que habían incurrido en su desagrado.)

larle una copa de oro, para la cual hubo de dibujar Roerber en ochenta cartones las figuras decorativas; aquel trabajo suyo fué una de las primeras obras de carácter artístico-industrial que en los países del Rhin se produjeron, valiendo á su autor multitud de felicitaciones y diplomas de mérito y la dirección de la Asociación central de Industrias artísticas.

Desde entonces hasta el presente hase dedicado Roerber á pintar esos grandes ciclos en los cuales tan hermosas muestras ha dado de su gran talento como pintor monumental. Las dos primeras composiciones de este género que ejecutó estaban destinadas al salón del Gürzenich de Colonia. El pensamiento fundamental que presidía en el conjunto del decorado de aquella sala era la representación de la procesión conmemorativa de la construcción de la catedral de Colonia; Roerber desempeñó su cometido con gran maestría, sobre todo en punto al colorido, que resultaba en extremo simpático y original.

Más ancho campo encontró su fantasía en el ciclo de pinturas murales que ejecutó para un particular de Elberfeld, una de las cuales publicamos en la página 578.

A estas obras siguieron el grandioso mosaico para el Salón de Bellas Artes de Dusseldorf y un cuadro mural histórico para el Salón de la Fama de Berlín, inspirándose para él en la Edad media, que tantos asuntos le ha proporcionado para sus creaciones, y en un episodio del reinado de Federico el Grande. (Véase el segundo grabado de la página 572.)

Un encargo del barón de Heydt para su castillo de Waldholderhohe, en Godesberg, junto al Rhin, dió nueva ocasión á Roerber para hacer gala de su maestría en punto á composición y de su dominio del colorido: el tema era «el ocaso de los antiguos dioses del Norte, según los cantos del Edda,» y sobre él pintó el artista once cuadros que forman un conjunto admirable.

En los últimos años hase ocupado Roerber en pintar, aparte de varios lienzos de caballete, por encargo del gobierno, ocho grandes cuadros destinados por el ministerio de Cultos al aula de la Academia de Munster. La tarea



EL EMPERADOR ENRIQUE IV ACOGIDO EN SU HUÍDA POR LOS CIUDADANOS DE COLONIA, cuadro de F. Roerber

que se impuso no era fácil: aquellas pinturas habían de representar de una manera alegórica las ciencias; Roeber, en vez de acudir al recurso gastado de las matronas simbólicas, que son, por decirlo así, tradicionales desde los tiempos de Rafael y Pinturicchio, quiso simbolizar las ciencias presentándolas en toda la extensión de su actividad. Merced á ello, en vez de simples personificaciones, surgieron en las telas composiciones llenas de vida, con multitud de figuras y de una riqueza de color admirable.

El trabajo á que le obligó labor tan difícil y complicada, no impidió á Roeber ejecutar, no sólo multitud de dibujos, paisajes y retratos, sino además una porción de cuadros históricos de grandes dimensiones, entre ellos *En Feérbellin* y *El último Consejo de Estado*, de asuntos tomados de la vida del Gran Elector, y *Un día de locura del emperador Wenceslao*, que en la página anterior reproducimos, y que representa un episodio de la historia del monarca bohemio.

Otro ciclo suyo, pintado á la acuarela, es el que reproduce la leyenda de Rosenburg, tratada por el artista con una delicadeza y un sentimiento poético dignos de los mayores elogios.

También figura en el catálogo de sus obras más notables un *Pigmaliön dando vida á la estatua*, y aunque este asunto se prestaba á ser tratado dentro del espíritu clásico, Roeber ha sabido imprimirle un sello esencialmente romántico.

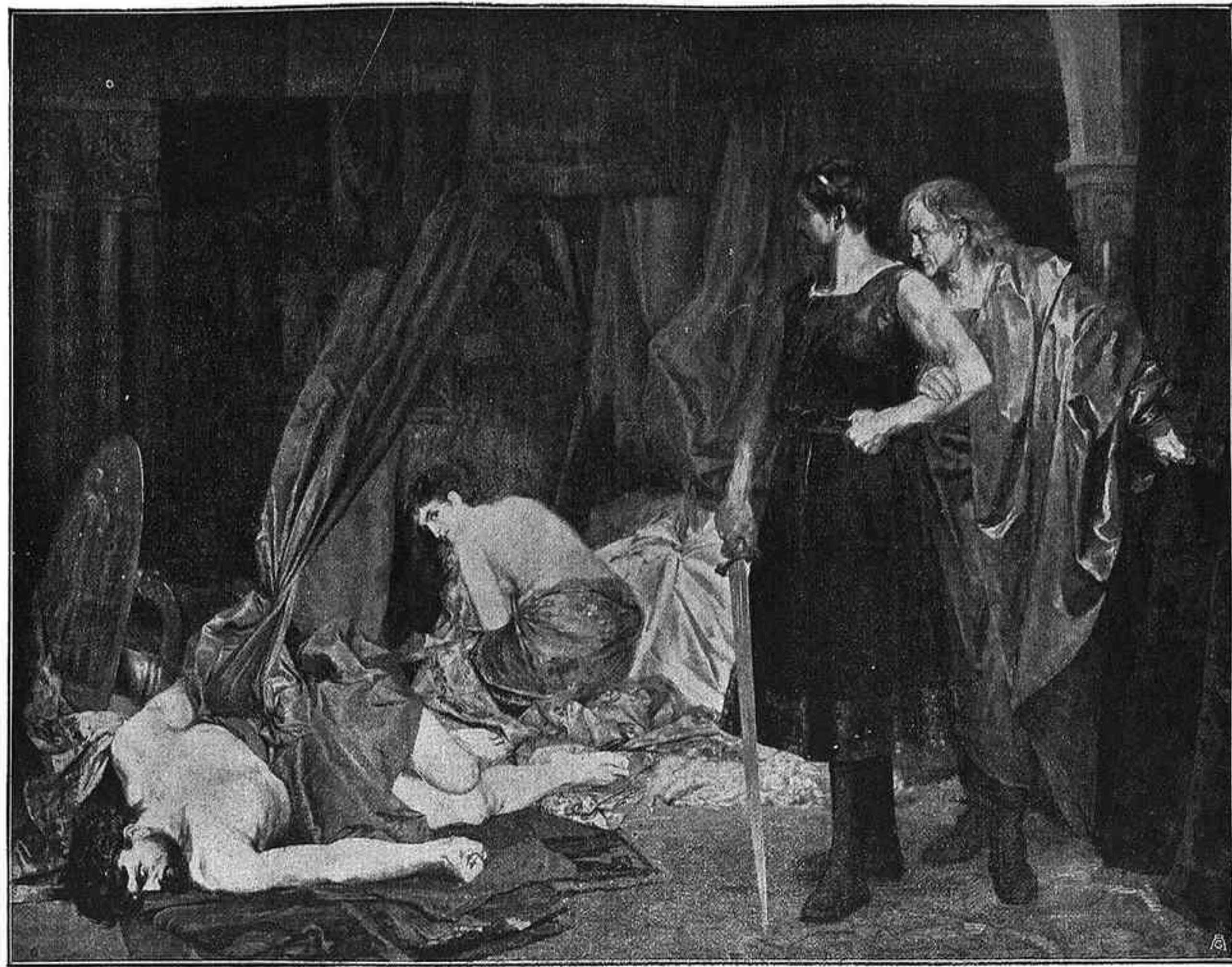
Hace poco tiempo ha comenzado el artista infatigable la obra de mayores dimensiones de cuantas en su carrera lleva ejecutadas: el friso colosal que ha de adornar el interior de la cúpula del Palacio de Exposiciones de Dusseldorf que se ha de inaugurar el año que viene. Este friso, que estará interrumpido por cuatro cuadros semicirculares, representará el desarrollo del comercio y de la industria; otros dos grandes cuadros, también semicirculares, adornarán debajo del friso la puerta principal de entrada al salón.

Además de su actividad artística, que le ocupa la mayor parte de su tiempo y que parece no han de dejarle un momento libre, el profesor Roeber es desde el año 1894 secretario y profesor de número de la Real Academia de Bellas Artes de Dusseldorf: en aquella célebre institución ha dado, entre otras, una serie de conferencias sobre indumentaria que han merecido las mayores alabanzas y que cautivaron la atención de los alumnos que á ellas asistieron.

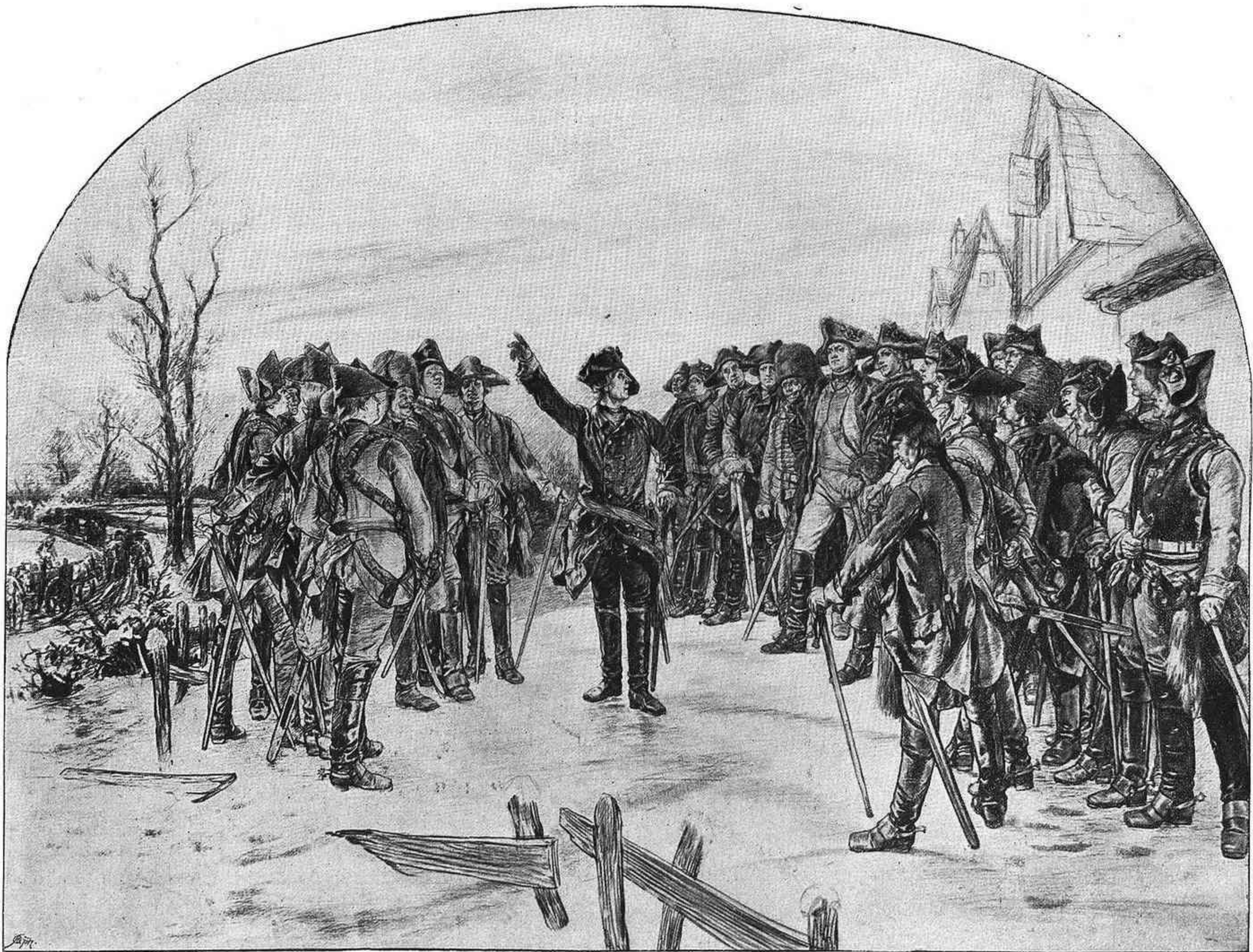
Y como si todas estas ocupaciones no fueran bastantes, Federico Roeber ha tenido que dedicarse activamente en estos últimos años á los preparativos para la gran exposición que ha de celebrarse en 1902, cuidando no solamente de la parte artística, sino que también de la administrativa, sin que por ello se haya observado en él el menor abandono en el cultivo de su arte ni la más pequeña fatiga en sus talentos de pintor eximio. Al contrario, su naturaleza parece como que se vigoriza con el aumento de trabajo, y así se ha visto que en sus pinturas para el aula de la Academia de Munster, existe un vigor de composición y de colorido superior al que había alcanzado en sus anteriores obras.

El arte de Roeber se nos presenta, en todas sus

tendencias, como una contraposición á ciertas escuelas modernas que, por otra parte, empiezan á entrar en el período de la decadencia. Su fundamento, su base, su razón de ser, están en el culto convencido de la belleza subjetiva, y en punto á elección de temas, concede principal importancia á los que tienen un fondo espiritual ó poético. Este romanticismo será tal vez calificado de anticuado por los que sólo al modernismo rinden culto; pero los que estiman que en el arte caben todos los géneros y que cada uno de éstos tiene su misión propia dentro de los fines artísticos, no podrán menos de admirar la maestría con que Roeber concibe, compone y ejecuta esas hermosas obras que tanta y tan merecida fama le han conquistado. — FEDERICO SCHAARSCHMIDT.



MUERTE DEL PAPA JUAN XII, cuadro de Federico Roeber



BOCETO PARA EL CUADRO «DISCURSO DE FEDERICO EL GRANDE Á SUS GENERALES ANTES DE LA BATALLA DE LEUTHEN,» de Federico Roeber



IDILIO & TRÁGICO

«¡Ande, cobarduco, que ya falta poco!» gritábame Maruxa desde la empinada roca. Miré hacia arriba y quedé suspenso de admiración. Con el cabello al aire, desnudos los brazos y jadeante el pecho, semejaba Maruxa viva alegoría de la Naturaleza bajo el sereno cielo de la tarde. Al fin, después de fatigas grandes, trepando agarrado á las matas de romero, á las aristas de granito, llegué á la cumbre y me senté junto á la zagala. Al final de la opuesta pendiente se deslizaba limpio arroyo, orladas sus márgenes de álamos, espadañas, lirios y mil flores silvestres de variado color. Entre los árboles columbré blancos caseríos rodeados de huertas diminutas... Era tan plácida la belleza del paisaje, lleno de un aroma patriarcal bajo la sombra de los altos tilos, frescos y rumorosos, que súbitamente me sentí poseído de risueña melancolía y miré á Maruxa con religioso ensimismamiento. La rapaza me nombraba poblados, aldeas y escondites diversos de la sierra, con pintorescas descripciones y detalles saladísimos, señalándomelos en la verde lejanía con sus dedos de rosa mate. Sucedió con frecuencia que al extender el brazo ante mí, recorriendo el horizonte, rozaba mi cara su fina epidermis, produciéndome delicioso temblor. Una vez me atreví á besarle una mano, y Maruxa, riendo, sacudióme blando bofetón. Se arrepiñtó al instante y preguntóme muy humilde si me había hecho mal. Miré fijamente sus negros ojos asegurando que no, y luego quedamos en silencio.

Reinaba en derredor suave calma. Un viento pezoneso agitaba apenas el suelto cabello de Maruxa y las puntas del pañuelo que á modo de cofia cubría su cabeza graciosamente. Recostada en una encina, jugaba con la cruz de azabache pendiente de su cuello y me miraba de soslayo, suspirando quedo. Parecía fustigada por íntima desventura que de repente cambió su alegría y locuacidad en tristeza y abatimiento. El pícaro beso bien podía ser la causa; pero como por otra parte mi audacia era hartamente inocente para ser tenida tan en cuenta, no acertaba á explicarme la actitud de Maruxa. Poco á poco me fui acercando hasta tomar una de sus manos, aprisionándola entre las mías, y dominado por un apasionamiento místico, todo dulzura y pureza, hablé así:

— Oye, Maruxa, ¿te ofendió el beso? Te juro que no te lo dí con picardía. Fué cosa involuntaria... ¡Como eres tan bonita!

El pipero produjo efecto inesperado. Los negros ojos se humedecieron, contemplándome con honda amargura, y al cabo empezó á llorar, lagrimeo manso y silencioso como rocío en noche de invierno.

Hallábame intranquilo y turbado. Sin duda había en el dolor de la moza drama de lo más terrible, que si hasta entonces dormía desconocido, despertó de súbito mi insignificante caricia. Maruxa seguía con la vista baja y yo reanudé mi charla cerca de su oído, entre los rizos de la sien.

— Sé razonable, Maruxa. Dime qué es ello. Debes tener confianza en mí y ser sincera. Si te viera llorar así, tan sin substancia, mi Nela, se enfadaría...

¡Dios de Judá! Al oír este nombre se quedó tan

pálida y sin aliento, que se me antojó que iba á morir. Instintivamente le apreté las manos. Cuando se recobró miróme con extraña sonrisa que me produjo escalofrío. Se levantó y fué á sentarse al borde del talud.

Allí la seguí, atraído al par que por su dolor, por aquella su casta hermosura á la cual la negra pesadumbre daba nuevo encanto atrayente y fascinador, y me senté á su lado, dispuesto á saber el secreto de sus penas. Maruxa miraba al valle con gesto meditabundo, suspiraba de rato en rato y se limpiaba los ojos en la bonita mano.

Tenía elegiaco aspecto, y el paisaje, en aquella hora de austera poesía, daba á su figura marco apropiado, destacándose sugestiva y simbólica sobre el verdor húmedo del peñón con su traje de colores alegres, negro cabello y llorosas pupilas, en el hipo convulso de su dolor sin tregua.

Así, no acertaba yo á continuar la charla, conteniéndome su silencio como el de estancia donde reposa un cadáver. Tras de muchos ensayos mentales comencé:

— Maruxa, Maruxa mía, por Dios te pido me digas qué te sucede, que yo te consolaré como pueda. Mira que desde que tan taciturna te has puesto me parece, el paisaje camposanto ó desnudo erial... Ya sabes que te quiero...

Era verdad. Aquella proximidad íntima, en la soledad de la montaña, empezó á favorecer en mí el brote de un cariño piadoso, algo de fuego inocente al calor del busto de Maruxa, lleno de fragancia virginal. Pasé una mano por su talle y besé respetuosamente los revueltos rizos.

La rapaza parecía no hacerme caso y se mostraba indiferente á mis halagos y asiduidades. De pronto volvió á mí los ojos, colocó una mano sobre las mías y díjome lo que sigue con voz que parecía un rumor más de los altos tilos del valle:

— ¿Quiere saberlo?... ¿Para qué? Se ha de reír cuando se lo cuente. Pues oiga. Me sucede que le quiero mucho, tanto, que mi cariño se ha convertido en dolor..., una angustia constante que me abrasa y me pudre... Míreme así, muy grave. Desde que vino á casa para restablecerse le he tenido siempre dentro de mí. Le he cuidado mejor que nadie, adivinándole caprichos y preparándole sorpresas. Y le he enseñado á trepar por estos riscos, gustándome mucho verle encendido, respirando fuerte, apoyándose en mí y regañándome porque le hacía correr sin descanso... Cuando se acostaba, asomábame de puntillas á la puerta de la alcoba y le veía dormido, sosegado, volviendo muy de prisa á la salud. Entonces me sentía satisfecha de mi buena obra... ¡Ay! El día que llegó su novia y empezaron los preparativos del casorio (*en tono opaco, con sencillez matiz dramático*), creí que me machacaban la cabeza con batanes y me encerré en la cocina para que no me viesan llorar y morirme... Como que me caí y estuve sin sentido mucho tiempo...

Aquí hizo pausa Maruxa. Se había ido velando su voz hasta terminar en un gemido, y quedó en si-

lencio, mirándome con singular fulgor de sus ojos, inmóviles en muda interrogación. Yo estaba inquieto y giraban en mi mente extrañas ideas de amor y piedad..., un deseo incipiente de dar al traste con mi proyectado casamiento y seguir á Maruxa á cualquier rincón del valle, donde nos pasaríamos la existencia en perenne idilio. En fuerza de mirar á la zagala, acabé por encontrarla bella sin ejemplo, de un modo artístico y sublime: como son bellos el campo y el cielo, los pájaros y las flores. Además, aquella amargura sin fin pulimentaba su hermosura haciéndola exquisita, espiritual. Con los ojos mojados, cruzadas las manos sobre una rodilla y temblando de pesadumbre, tenía Maruxa algo de visión sobrehumana en lo alto de la empinada cima que doraba el sol y refrescaba la brisa de la tarde. Aquel amor sin esperanza, inspirado por mi persona, tenía orgulloso, y era tal la gratitud de mi vanidad satisfecha, que estaba decidido á enamorarme, prometiéndome en matrimonio á la interesante rapacita. Llevado de estos pensamientos y de otros parecidos, acerquéme á la niña.

— Palomita, no llores. Sabe que te quiero, requiero y adoro; que vales más que un mundo, cielo bonito. Tu amor ha sido padre del mío que se ha formado al calor de tus lágrimas, surgiendo de repente como el sol entre deshechas nubes. El valle nos espera. Me voy contigo. Viviremos juntos, casados, solos en el misterio de la montaña. Renunciaré á todo... ¿Me entiendes?... A todo, á la otra... ¡Sí, zagala ideal! Todo esto lo siento, de muy dentro me brota. Sábelo, sábelo... ¿Me oíste? Dime que sí, dime algo. Todo el paisaje ríe y canta despidiéndose del día, y tú sola callas ó gimes...

Confieso que el párrafo, patético y retumbante, fué sincero, dicho como sentido: que hubiera yo francamente jurado en aquellos instantes no casarme con mujer alguna que no fuese Maruxa. Tal era mi abstracción de todo el mundo en aquel sacudimiento amoroso de mi sensible temperamento. Esperé á que me contestase; pero estaba muda como estatua del infortunio, mirando al valle pálida y acongojada. El sol tocaba ya en el horizonte, prodigando sus últimos rayos en polvareda de roja luz. A lo lejos se oían las esquilas del ganado, voces y canturreo campestre. Dos ó tres campanas tocaban á la oración. La brisa, haciéndose más fuerte, batía la menuda hierba y agitaba con vago rumor de hojarasca el cercano bosque de pinos. Grato perfume se elevaba del valle.

Súbitamente se levantó Maruxa, apoyó las blancas manecitas en mis hombros, y envolviéndome en el destello de sus pupilas, contestó así á la monserga:

— No me convence; no le creo... Sé que la señorita Nela está muy dentro de su corazón y yo no he de poder echarla fuera. El beso que me dió es mi mayor desdicha. Me ha envenenado. Pero no se aflija; no le echo la culpa. (*Brusca transición al tono tranquilo.*) Vamos á casa; le estarán esperando...

Se enjugó los ojos y empezamos á bajar. El sol habíase escondido, dejando en su lugar una aureola de púrpura con ligeros celajes. Advertíase el silencio

del crepúsculo como augusta calma..., un lento adormecerse de la naturaleza en la penumbra de la tarde, que apagaba su luz bajo el suave temblor de las primeras estrellas.

Caminábamos silenciosos... Al bajar del monte, Maruxa, transfigurada de dolor, parecíase á la misma Virgen en su descenso del ensangrentado Gólgota. A medida que nos acercábamos á la aldea, notaba yo en su rostro lividez mortal. Tropezó en una piedra y tuve que sostenerla para que no cayese. Estaba fría. Me estreché cariñosamente la mano y siguió senda adelante, arimada á mí como si temiese caer. Por segunda vez osciló su cuerpo al saltar una zanja y mis brazos la recibieron. La noche avanzaba. Detrás de nosotros parecía la sierra un coloso tendido. A la derecha varias luces indicaban la presencia del lugar.

Maruxa habíase agarrado á mi cintura y recostado la cabeza en mi hombro. Poco faltaba ya para entrar en el pueblo, cuando se deslizó suavemente sentándose á mis pies. No podía andar más.

La ahogaba invencible angustia. Me rogó que bajase por agua al cercano torrente que salpicaba hasta nuestros rostros menudorocío, y accedí con piadosa solicitud. La bajada era peligrosa, entre rocas escurridizas cuya forma borraba la obscuridad. Maruxa me guiaba con apagada voz. Llegué al fondo. Una nube de espuma me envolvía, tronando en mis oídos el ruido del agua como una música sin ritmo ni medida. De pronto vi en lo alto la figura de Maruxa que se levantaba y movía una mano con ademán de despedida y luego se precipitó en la sombra del barranco.

Sentí cerca un ruido sordo y corrí á riesgo de estrellarme contra las rocas que bordeaban el torrente. Buscando á tientas, la hallé al pie de un zarzal, destrozada ya, agonizante. La cogí entre los brazos... Con gran trabajo, agarrándose tiernamente á mi cuello, me habló así:

— Ya ves... Esto es lo mejor...

Y murió.

Era noche completa. En el horizonte habíase apagado el último fulgor. El cielo estaba claro y las estrellas alumbraban con inquieta y viva luz. El torrente proseguía su ruidosa marcha, deshaciendo sus ondas en vellones de rizada espuma...

J. MENÉNDEZ AGUSTY.

(Dibujo de Triadó.)

BOCETO

LA BLANCA Y EL NEGRO

Tómese un blanco mármol de Pharos, lábrese el busto retrato de un negro, y la blanca materia desaparecerá, dando perfecta idea de la negrura de aquel hombre: escójase, en contrario, un negro mármol de Bélgica, lábrese el retrato de una joven blanca, y la negra materia desaparecerá también, dando perfectísima idea de la blancura de aquella joven.

Huelga explicarlo: ese misterio..., que no lo es..., no es otra cosa que la esencia del arte, que lo anima, dando á la forma ponderable y basta, de color tan distinto, la interpretación exacta y diversa del objeto figurado, con la aparente vitalidad de su espíritu; pues esos prodigios están dentro del orden y de los medios de que el arte dispone, por cuyo sentimiento se da idea clarísima de todo cuanto entra y cabe en su dominio..., que es muy vasto.

Con perdón de los maestros y profesores y aficionados que se las echan de inteligentes, soltaré lo que según ellos ha de ser una especie de blasfemia artística... Me pone nervioso, me revienta, y huyo de ello como el diablo de la cruz..., no puedo resistir un concierto de piano... Y salva sea la comparación, digo del piano lo que los demócratas de la monarquía: *la menor posible cantidad de rey*.

Penetré en el espacioso espléndido salón: muchas señoras y señoritas..., sin más señorío que sobre su propia individualidad..., sentadas á tres, cuatro y seis filas de sillas, y los caballeros..., sin caballo ni cosa que se le parezca..., metidos como pudieron en los pocos huecos libres; todas, y ellos, con el indispensable cuchicheo, tan nutrido de tijejetazos como escaso de caridad, preludio de la función. Sobre la espaciosa tarima un gran piano de cola, candelabros, un atril..., los bártulos necesarios para la tremebunda soba.

Resignado esperaba el comienzo.

Ella era menos que rubia, casi blanca como la transparente cera; sus ojos acentuadamente azules; sus trenzas semejabán como de finísimas hebras de lino, casi albina; esbelta su figura; el traje blanco como la nieve: la sola nota de contraste una cinta de

¿Qué es esto? Un instrumento de percusión, y como tal, por su esencia, seco y duro..., y un instrumento de manejo difícilísimo, delicadísimo y de expresión finísima..., ¿cómo pueden de tal modo armonizar y producir una sensación tan suave y tan grata?

La explicación es fácil: el busto de blanco mármol de Pharos, retrato de un africano; el busto de negro mármol de Bélgica, retrato de una joven noruega.

Sobre la tarima está la misma explicación; en aquello, la línea, la expresión de la forma; en esto, la tónica, el acorde de las notas: la joven blanca y el mozo negro: ella por medio del piano, él por medio del violín, se habían comprendido, sintieron en el fondo de su respectivo ser una cosa misma; hablando sus almas el mismo lenguaje, su sentimiento había vibrado...

Nada de misterio, nada de prodigioso; una cosa natural, naturalísima: lo que á cada momento sucede, y que en fuerza precisamente de su continua repetición, ni choca, ni sorprende, ni se fija la atención en ello...

Piano y violín, blanca y negro, se habían compenetrado...

Eran una sola cosa: ¡era la Música! ¡era el Arte!

JUAN O-NEILL.

EL COLLAR DE MARICUELA

POEMA EN PROSA

Alegre y rozagante, con estallidos de felicidad en los ojos y sonrisas de amor en los labios, el cántaro en la cabeza y las manos en las caderas, iba todas las tardes, caminito de la fuente, Maricuela, la hija del tío Paco el posadero, la muchacha de ojos más grandes y parteros, de trenzas más rubias y largas y de voz más fresca y agradable de todo el lugar.

Sin penas ni cuidados, sin recuerdos dolorosos ni presentimientos sombríos, la garrida moza chorreaba alegría y felicidad por sus pupilas chispeantes, por sus labios entreabiertos por constante sonrisa; en todos sus movimientos y en todas sus palabras.

¿Qué había de hacer? Ninguna penilla amorosa, ningún disgusto doméstico, ningún pique de amistad, clavaban sus uñas larguiruchas y aceradas en aquel corazoncito de pasta flora. Dichosa con los mimos de su padre, con el cariño de su novio, con la muda admiración de los demás zagalones del pueblo, no deseaba nada; pedir más hubiera sido pedir peras al olmo y acarrear castigos del buen Dios, que aunque benévolo por su divina naturaleza, no puede querer á las muchachas tontilocas y ambiciosillas.

Maricuela iba á casarse con Perico, el más apuesto mozo de la aldea, de varonil figura y de indomables alientos, y que sentía por la joven un cariño inextinguible, no ese amor raquíptico que nace enclenque en el corazón y expira anémico en los labios, ni la pasión fiera que busca la violencia y se nutre de brutales deseos, sino el amor robusto y firme que llena el alma y del alma brota como brota la flor en la tierra fértil; el amor tranquilo y poderoso al mismo tiempo, que baña el espíritu de una felicidad dulce y suave y alfombra de flores el camino árido y espinoso de la vida.

Maricuela también era feliz compartiendo la pasión de Perico; y mientras preparaba su equipo de novia, cosiendo con sus propias manos, pieza por pieza, todas sus prendas, alegraba la casa con sus armoniosos cantares y con sus sonoras carcajadas.

Ella no conocía más mundo que su pueblo ni más hombre que Perico, y en aquel pueblo y en aquel hombre ponía todos sus deseos y cifraba todos sus amores. Algunas veces, sin embargo, en su alma de mujer había vagas inquietudes, desconocidos presentimientos, un extraño despertar de confusas ambiciones; pero estos impulsos carecían de consistencia para disminuir su alegría y para turbar sus sueños.

¿Qué le sucede á Maricuela? Esta pregunta repe-



MATER DOLOROSA, cuadro de Sebastián Junyent. (Salón Parés.)

terciopelo negro en su cuello, de la que pendía una pequeña crucecita de oro.

El era de arrogante figura y atléticas formas; de sueltos movimientos, como todos los de su raza; negro como el ébano; sus vivos ojos de inteligente y penetrante mirada; sus limpios dientes, su lustrosa camisa y lazo de la corbata eran las notas blancas que, de prestado, ofrecía.

Ella pulsó con sus delicados dedos el teclado, como para cerciorarse de la obediencia del mecanismo, que le respondió con la armonía que quiso producir.

El acarició dulcemente el violín con sus vigorosas manos, que al menor esfuerzo lo hubieran destrozado, y aplicando el arco vibró una cuerda produciendo una nota expresiva como el lamento de un ser inocente..., y otra y otras, formando un raudal de melodías y armonías.

¡Eso es otra cosa! ¡Eso no es la gimnasia pianística! Esto se reduce y concreta á un acompañamiento de piano... ¡Eso es muy otra cosa!

tida de boca en boca es comidilla de comadres y sabroso comentario en las conversaciones de todo el pueblo. En la hija del posadero se ha operado honda y visible transformación. Sus ojos, antes tan vivos, están apagados y turbios, como si de repente mano desconocida hubiera substituído en ellos el claro día por la negra noche; sus miradas son vagas, con esa vaguedad de las profundas tristezas y de las grandes indecisiones; de sus labios se ha borrado la sonrisa y de su garganta no brotan los cantares; su andar es vacilante y su aspecto abatido; ella, tan expansiva, se encierra en profunda reserva; ella, tan alegre, parece víctima de ocultos dolores.

Los vecinos relacionan el inexplicable estado de la muchacha con la aparición en el pueblo de aquel forastero, cuyo nombre nadie conoce y cuya procedencia todos ignoran, y del que no se sabe más sino que tiene la tez pálida, los ojos de fuego y la barba de azabache; que paga espléndidamente cuanto compra y que persigue á Maricuela con notoria insistencia, clavando en ella sus negras pupilas, como si quisiera fascinarla y rendirla á sus pies.

¿Qué le sucede á Maricuela? ¿Por qué, aprovechando el sueño de su padre, á altas horas de la noche, abre la ventana de su cuarto? ¿Por qué habla desde ella con el desconocido forastero de tez pálida, de ojos de fuego y de barba de azabache, que le dirige dulces palabras, que ella oye sin placer y contesta sin entusiasmo? ¿Por qué, si no le quiere, le escucha? ¿Por qué responde con el silencio á las preguntas de su padre y huye de la presencia de su novio? ¿Por qué clava en el alma de Perico, sin motivo y sin lógica, el torcedor agudísimo de los celos y le condena, tornadiza y cruel, á todas las amarguras de la tristeza y le abandona á todos los peligros de la desesperación?

Hay un misterio más grande que el de la noche; un arcano más inescrutable que el de la eternidad: el alma de la mujer, que encierra en sus pliegues la negra profundidad de los abismos y las dolorosas incertidumbres de lo desconocido.



D. GERMÁN RIESCO, electo Presidente de la República de Chile para el quinquenio de 1901 á 1906

Maricuela está sola en su cuarto; ha cerrado la puerta para que nadie pueda sorprenderla. A la llama de un velón examina una magnífica alhaja que brilla en sus manos; un collar de esmeraldas, ricas piedras que al ser heridas por la luz, lanzan verdosos fulgores, en los que parece que se simbolizan no sé qué triste historia, no sé qué negras infamias.

Alguien ha dicho, con profunda filosofía ó con amargo despecho, que una joya es siempre el rival más temible de un hombre; alguien ha dicho que todas las mujeres tienen el mismo nombre: Eva, y el mismo apellido: Inconstancia.

Lo que el enamorado desconocido no pudo obtener con sus almiaradas frases, lo consiguió con su espléndido regalo. El alma que no se abandonó á los

halagos del amor puro y honrado, se rindió humillada ante la rica presea.

Maricuela está vencida y el precio de su triste vencimiento es el collar que brilla en sus manos; el collar de esmeraldas, las ricas piedras que al ser heridas por la luz despiden verdosos fulgores, en los que parecen simbolizarse no sé qué triste historia, no sé qué negras infamias.

¡Qué guapa está Maricuela! ¡Cómo lucen las verdes esmeraldas sobre su blanco cuello! Se mira y se remira al espejo, y cada vez que ve reproducida en él su preciosa imagen, una sonrisa de vanidad aparece en sus labios y una mirada de orgullo chispea en sus ojos. Tan pronto se lo quita como se lo pone; tan pronto lo anuda á su garganta como lo coloca sobre sus cabellos ó lo ata á su muñeca; lo mira con embelesos de niña y con ternuras de enamorada. Por último, no pudiendo resistir al inefable placer de acostarse con él, lo rodea definitivamente á su cuello y se mete en la cama entregándose al sueño que cierra sus párpados con pesadez moscona y comunica á su cuerpo dulce laxitud.

Maricuela sueña; pero su sueño no es apacible y puro como los de otras noches; no está poblado de vistosas imágenes ni de lisonjeros cuadros; es un sueño agitado, tormentoso, que poco á poco va tomando las proporciones de pesadilla horrorosa.

Ante su imaginación calenturienta aparece la figura del forastero; la misma negra mirada brilla en sus ojos de fuego y la misma irónica sonrisa pliega sus pálidos labios, y sin embargo, no es el mismo; es un demonio, que se acerca á la joven, la levanta y arrastra á desconocidas regiones; en vano se sujeta con desesperadas fuerzas al lecho; en vano trata de hacer la cruz; sus esfuerzos resultan inútiles y sus torpes dedos no aciertan á formar el santo símbolo.

Bórrase esta primera figura de su sueño. Ahora es su novio el que aparece; su novio, con el pelo encanecido por el dolor; con los ojos hinchados por el insomnio; con las mejillas pálidas y marcadas con los dos surcos de fuego, abiertos por sus ardientes lágrimas al resbalar despaciosamente por ellas.



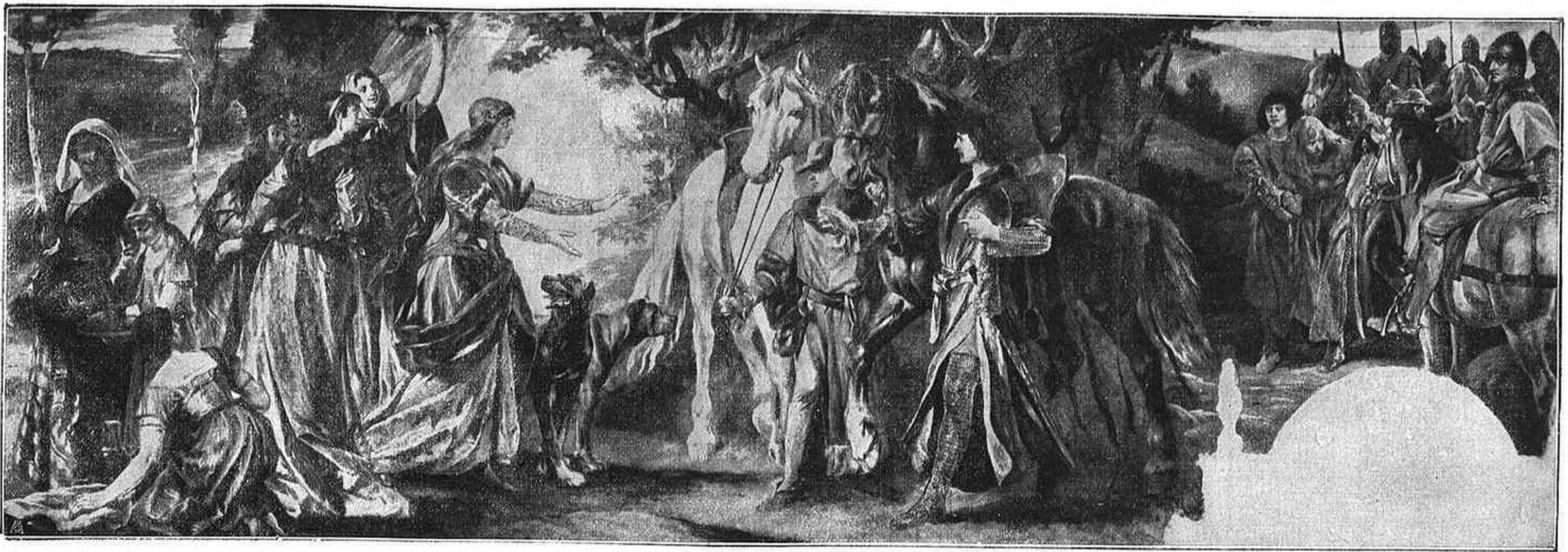
El mendigo, cuadro de A. de Ferrer



SEVILLANA cuadro de Abel Boyé



UN BAUTIZO EN ESPAÑA EN EL SIGLO XVII, cuadro de Vicente Paredes



PINTURA MURAL, obra de Federico Roerber

Mientras la infiel le contempla horrorizada, el collar anudado á su garganta se le aprieta; se le aprieta cada vez más, con fuerza irresistible, ahogándola. Maricuela implora el auxilio de Perico, y Perico le vuelve desdenosamente la espalda; quiere arrancarse el collar con sus manos, y sus brazos paralizados permanecen inmóviles. Por último, hace un violento esfuerzo y lanza un ronco grito; mezcla confusa de gemido y de plegaria. Después, un silencio profundo y medroso reina en la alcoba.

Maricuela amaneció muerta; las desordenadas ropas de su lecho revelan la titánica lucha sostenida con la muerte y los horrores de la solitaria agonía.

El médico diagnosticó la ruptura de un aneurisma; pero la ciencia se equivoca con frecuencia, y no siempre acierta á determinar por qué ocultos senderos viene la muerte á sorprender á las personas en el triste camino de la vida.

Maricuela duerme su último sueño, ese sueño del que no se despierta y que tiene la augusta grandeza de las cosas inmóviles y eternas. Su hermoso cuerpo, petrificado por la muerte, parece esculpido en blanquísimo mármol de Carrara; sus ojos abiertos, en los que hay lágrimas cuajadas que brillan como perlas, reflejan en sus turbias pupilas una tristeza infinita y un espanto indescriptible; sus labios, contraídos por dolorosa sonrisa, imploran perdón.

El collar de esmeraldas anudado á su alabastrina garganta despide, al ser herido por la trémula luz de los cirios, verdosos fulgores, en los que parecen simbolizarse no sé qué triste historia, no sé qué negras infamias, como parece simbolizarse en la riquísima presea el ejecutor inexorable de un tremendo castigo.

JOSÉ TORAL.

NUESTROS GRABADOS

Retrato, obra de Velázquez.—La mejor prueba de la inestimable valía de las obras de Velázquez nos la ofrece el hecho de que han sido admiradas siempre y en todos los países desde que las produjo el inmortal artista, sin haber tenido en el espacio de cerca de dos siglos el menor eclipse la fama del gran pintor español. Sus cuadros se han citado en todos tiempos como creaciones maravillosas y han ocupado el puesto de honor en los más ricos museos. Esta sanción de tantas generaciones y de pueblos tan diversos, no sólo hace innecesario señalar las bellezas de tales lienzos, sino que, á menos de tratarse de un estudio crítico en toda regla, resulta solemne pedantería repetir una y otra vez lo que todo el mundo sabe y ensalzar con lugares comunes lo que está por encima de todas las alabanzas por haber llegado á la altura de lo indiscutible. Por esta razón omitimos todo elogio del retrato que en la primera página publicamos, seguros de que no habrá uno solo de nuestros lectores que no se extasie en la contemplación de esta portentosa manifestación de aquel coloso de la pintura.

Mater Dolorosa, cuadro de Sebastián Junyent (Salón París).—No es Junyent un pintor curtido en artísticas lides, puesto que ni el tiempo ni la ocasión le han ofrecido todavía medio para presentarse en esos palenques modernos en donde se aquilata el mérito; pero en cambio ha logrado ya singularizarse y adquirir personalidad. Joven, ha dado ya señaladas muestras de sus energías, procurando, con feliz acuerdo, amoldar sus aptitudes al concepto moderno, convencido de que el artista de nuestra época debe ajustarse al concepto que caracteriza y distingue el periodo en que vive. Diversos géneros cultiva, distinguiéndose especialmente en la manifestación de cuadros, tipos y escenas que expresen sentimientos y afectos, estados y situaciones en donde se evidencien aspiraciones y deseos propios y característicos de la sociedad en que vivimos, sin que por lo que respecta á la técnica, al procedimiento, recurra á efectismos, antes al contrario, puesto que la simplicidad de líneas y de tonos constituye su característica, conforme puede apreciarse en la hermosa y sentida representación de la augusta madre de Jesús, humanamente concebida, pero rebosando la grandeza y majestad que corresponde á la más elevada y su-

blime representación de la maternidad. Plácemes merece el inteligente y laborioso artista, y se los tributamos sinceros y efusivos, tanto por lo que hoy representa, cuanto por la grata esperanza que es para lo porvenir.

El barón Adolfo Erico de Nordenskjöld.—El célebre explorador ártico que falleció el día 13 de agosto último en su finca de los alrededores de Estocolmo, había nacido en 18 de noviembre de 1832 en Helsingfors (Finlandia), y después de terminados sus estudios fué profesor de la facultad de Matemáticas y Física de aquella universidad, desempeñando además un destino en la administración pública. Sus ideas políticas obligaronle á salir de su patria y á refugiarse en Suecia, en donde fué nombrado director del Real Museo de Historia Natural. En 1860 tomó parte en la expedición del profesor Torell á Spitzberg; cuatro años después dirigió otra al mismo



EL BARÓN ADOLFO ERICO DE NORDENSKJÖLD, célebre explorador de las regiones polares árticas fallecido en 13 de agosto último

punto, y poco después comenzaron bajo su dirección las numerosas expediciones polares organizadas en Suecia y que además de los descubrimientos geográficos han sido famosas por los resultados de las investigaciones científicas, á las cuales daba Nordenskjöld capital importancia. En 1870 y 1872 visitó la Groenlandia, avanzando más al Norte que los viajeros que le habían precedido; en 1875 y 1876 atravesó el mar de Kara, demostrando con gran ventaja para la ciencia y el comercio la posibilidad de una comunicación marítima entre Europa y Siberia, y en 1878 realizó la célebre expedición á bordo del *Vega*, resolviendo el problema del llamado paso del Nordeste, cuya solución habían intentado en vano los navegantes de tres siglos. A su regreso de aquel viaje Nordenskjöld y sus compañeros fueron objeto de entusiastas recibimientos en Nápoles, en Roma, en París y en Estocolmo, viéndose en todas partes colmados de honores y distinciones y siendo él agraciado con el título de barón por el rey Oscar II. Después de un último viaje á Groenlandia, llevado á cabo en 1883, dedicóse exclusivamente á los estudios científicos, publicando importantes obras y notables trabajos.

El barón de Nordenskjöld no sólo ha sido uno de los más célebres exploradores árticos, sino el iniciador de los métodos modernos de la exploración del Polo Norte.

D. Germán Riesco, electo Presidente de la República de Chile.—El Sr. Riesco, proclamado por unanimidad candidato á la Presidencia de la República por una asamblea compuesta de todos los miembros de los Congresos que ha habido en Chile y elegido por gran mayoría en la votación verificada en 25 de junio último, nació en 1854 en Rancagua y pertenece á una de las más distinguidas familias de aquel país. Dedicóse á la magistratura, habiendo llegado á ser Fiscal de la Suprema Corte de Justicia y habiendo desempeñado siempre con gran celo é inteligencia todos los cargos públicos que le han sido confiados. Actualmente es senador por la provincia de Talca.

El mendigo, cuadro de A. de Ferrer.—Consecuente con el propósito que se impusiera este ilustrado pintor de dar á conocer cuadros y tipos de nuestra región, se ha inspirado, para producir el bonito lienzo que reproducimos, en una escena comúnmente observada en la alta montaña, cual es la penosa ruta que emprenden los ancianos mendigos, visitando las casas de campo en demanda de una limosna, sirviéndoles de guía y lazarillo una infeliz niña, que comparte con el abuelo ó el padre las privaciones y penalidades que la suerte les im-

pone. Todo en el lienzo á que nos referimos resulta acertadamente estudiado, distinguiéndose singularmente por el sentimiento que revela.

Sevillana, cuadro de Abel Boyé.—Aunque abundan los artistas extranjeros que al tratarse de tipos ó de costumbres de España se permiten las más reprobables libertades presentándolos, no tales cuales son, sino como su fantasía se los sugiere, no son escasos por fortuna los que, enamorados de las bellezas de nuestra tierra y sobre todo del suelo andaluz, entienden que para lograr un efecto pintoresco, para pintar una figura llena de hermosura y de gracia, para producir una nota bella de luz y de color, no es necesario apelar á la imaginación, siendo para ello suficiente ser buen observador y saber trasladar fielmente al lienzo lo que sus ojos han visto. Entre estos pintores concienzudos é imparciales merece ser incluido el artista francés Abel Boyé, que sin incurrir en efectismos de mala ley nos ofrece en su cuadro el tipo de una verdadera sevillana: la cara hermosa y expresiva, los ojos de mirar de fuego, la esbeltez de su cuerpo, la gracia de su actitud, el airoso tocado, todo se ajusta exactamente á la realidad y armoniza perfectamente con el resto de la composición llena de macetas, de flores y de enredaderas en primer término y en cuyo fondo álzase majestuosa la famosa Giralda.

Un bautizo en España en el siglo XVII, cuadro de Vicente de Paredes.—El género á que este cuadro pertenece está lleno de dificultades, una de las cuales, y no de las más pequeñas, es el peligro que entraña para los artistas de incurrir en exageraciones y efectismos, así de composición como de color, siendo, por consiguiente, una verdadera piedra de toque en que se aquilatan la habilidad y el talento de los que al arte se dedican. El celebrado pintor español Vicente de Paredes ha sabido vencer todas estas dificultades, y *Un bautizo en España en el siglo XVII* bien puede considerarse como una obra bellísima bajo todos conceptos, sin que se adviertan en ella esos defectos que dejamos señalados y en que tan fácilmente incurren los que se contentan sólo á producir una impresión de momento, se preocupan poco de los medios que han de emplear para conseguirla.

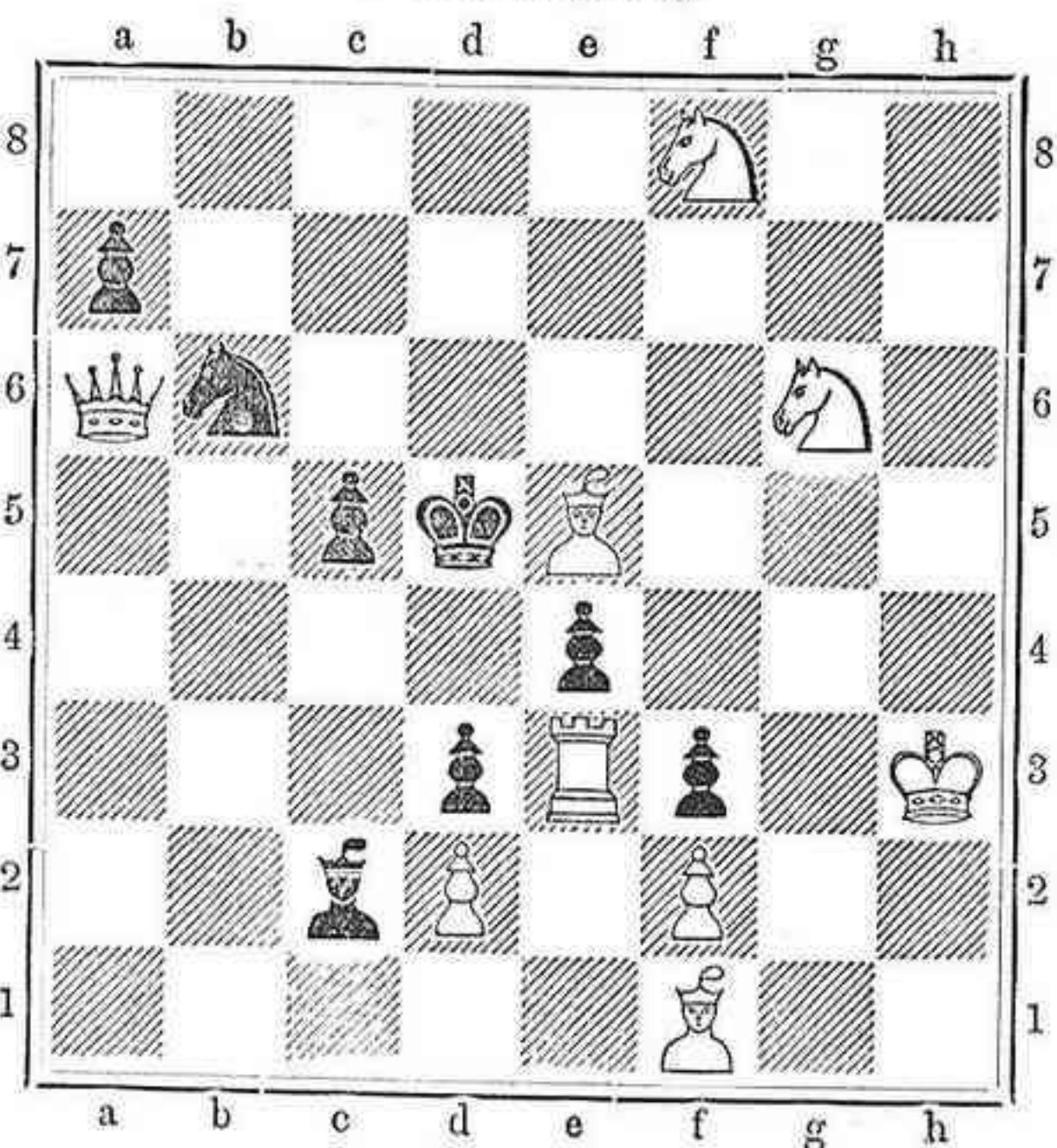
Necrología.—Ha fallecido:

D. Juan de Dios de la Rada y Delgado, ilustre arqueólogo é historiador español, académico de número de las Academias de la Historia y de Bellas Artes de San Fernando, antiguo catedrático y director de la Escuela de Diplomática y director del Museo de Reproducciones de Madrid, autor de notables trabajos científicos y literarios.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 252, POR M. FEIGL.

NEGRAS (8 piezas)



BLANCAS (9 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 251, POR M. HAVEL.

- Blancas. N.º 111.
- 1. D_{b2}-b1
- 2. A, D, P ó T mate.
- 1. Cualquiera.

NORBERTO DYS.—NOVELA DE MATILDE ALANIC

ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Su cabeza volvió á desplomarse en la almohada y el enfermo murmuró palabras confusas, en su eterna obsesión.

Llamaron á la puerta, y una criada de aspecto monjil le entregó una carta.

Magdalena la abrió y leyó rápidamente.

Farguet interrogó á su hija con una ansiosa mirada.

— Es la directora del colegio que necesita verme. Voy á contestarle que no puedo dejarte.

Pero toda la impaciencia que consumía á Farguet estalló de pronto en irritación contra su hija.

— ¿Me tomas por un niño en pañales á quien no se puede dejar un momento? Eso es llevar las cosas á la exageración. No te necesito... No estoy tan enfermo... Además, la vecina, la señora Nicolasa, vendrá á hacerme compañía.

La señora Nicolasa era una de esas matronas que frecuentan gustosas los cuartos mortuorios, y que encuentran, en tales momentos de trastorno, la ocasión de satisfacer su curiosidad acerca del contenido de los armarios, y de alimentar su sed de charla espionando las últimas muecas de los agonizantes.

Magdalena, á pesar de su desconfianza instintiva, no tenía más remedio que acudir á los buenos oficios de la vieja.

Dejó, pues, á su vecina instalada en el sillón de cabecera, junto al enfermo, y echándose una manteleta por las espaldas y clavando un sombrero en su espesa cabellera, salió apresurada.

Acostumbrada á doblegarse á la voluntad de su padre y á la de la directora, la muchacha no se había atrevido á esquivar aquella visita, poco á propósito para distraer sus sombríos pensamientos...

Al entrar en el despacho de la severa soltercna, Magdalena se sintió más turbada que de costumbre.

Al saludo de la muchacha, la directora, que se mostraba miope cuando le convenía, guiñó los ojos como si no reconociese á la recién llegada.

— ¡Ah, señorita Farguet!, dijo al fin después de un momento de duda.

Y su rostro amarillo adquirió una expresión solemne y triste.

— Siéntese usted, hija mía.

Indicóle una silla delante de ella, apoyóse de codos en la mesa, cruzóse los dedos y cerró los ojos, como si tuviese alguna idea difícil de expresar.

— ¿Qué irá á decirme?, pensaba Magdalena, ya impresionada por aquellos preliminares.

— Hija mía (jamás resultó más frío ese calificativo

afectuoso), he sabido su situación dolorosa y el peligro que la amenaza...

Naturalmente, la muchacha prorrumpió en llanto. — He querido notificarle mi regreso, pues llegué

— Le ofrezco á usted la hospitalidad... inmediatamente... después... La llevaré á usted al campo á terminar las vacaciones en casa de una señora amiga mía, á quien hará usted un rato de lectura cada noche, durante el próximo invierno. Esto, con la corrección de los temas de sus alumnas, sus lecciones particulares y su clase, la ocupará todo el día... Nada es tan saludable para una gran pena como la sana fatiga del trabajo... Tiene usted, pues, un asilo honrado y la seguridad de ganarse la vida.

El reconocimiento de Magdalena por semejante porvenir se traducía en un aumento de lágrimas.

— ¿Había usted concebido, acaso, otros proyectos?... Créame..., estos son los mejores que puedan inspirar el cuidado por su honra..., la prudencia de la experiencia y mi solicitud por usted.

— ¡Señorita!..

— Es usted joven, falta de experiencia, huérfana... Yo me considero en el deber de ampararla... Y no vacilaré en tocar un punto delicado...

La muchacha sintió una mortal angustia..., como si se le escapase la vida... Presumía claramente que iba á tratarse de Norberto.

— Usted no sabe los lazos que la astucia de los hombres tiende á una mujer aislada... Mi deber está en advertirla..., antes de que sea demasiado tarde... Supongo que aún llevo á tiempo... La buena de Juana me ha encargado eficazmente... que la ponga á usted en guardia... contra una persona... con quien parece usted estar en términos bastante familiares.

Estas palabras, pérfidamente acentuadas, entraban en Magdalena como otros tantos agujones.

La muchacha hubiera querido protestar, indignarse libremente, pero se hallaba como maniatada.

Su pañuelo se aplicó más fuertemente en su rostro para ocultar el rubor y la angustia que se sucedían rápidamente en su frente.

Aquella inmovilidad irritaba á la directora, pero adivinaba el dolor que clavaba á la chica en su sitio, y de él se alegraba, mientras daba á su propia conciencia este estímulo hipócrita:

«Hacer mal por hacer bien... El que bien quiere hace llorar.»

Al mismo tiempo pensaba con satisfacción:

«¡No me dejará!»

— La señora de la Hamelière y yo hemos pensado mucho en las consecuencias que para usted podría tener esa intimidad con el Sr. Dys, ya que es preciso nombrarlo. Diga usted á la señorita Farguet, no ce-



Lívida cayó Magdalena de rodillas junto al sillón

ayer de la Rive, y decirle que velo por usted. Es muy triste quedarse sola en la vida; yo he pasado por eso... No he querido esperar que llegase la desgracia para decirle que puede usted contar conmigo.

— ¡Gracias, señorita!

— ¿Qué piensa usted hacer? No tiene usted parientes cercanos, que yo sepa... Es usted demasiado joven para vivir sola... ¡Séque usted los ojos y escúcheme! Cuanto más penosas son las circunstancias, más dignidad y firmeza de alma debemos desplegar.

Magdalena estaba sofocada ante aquellas anticipadas consideraciones que la sublevaban, como si hubiesen preparado su luto antes de la muerte de su padre.

saba de repetirme Juana, que se puede ser un gran artista y... un hombre... sin moralidad... Que se deje de esperanzas ilusorias..., porque no hay nada más voluble que los artistas..., siempre á merced de sus últimas impresiones.

Y Magdalena pensó de pronto:

«¡Sí! En este momento se encuentra en la Rive.»

— Parece que nadie ha tenido tantas aventuras como el escultor Norberto Dys. Y está probado que la mayor parte de sus caprichos han tenido por causa el despecho..., porque la señora de Wrantz le tiene locamente enamorado... Vamos, no llore usted. La operación es dolorosa, pero era preferible practi-



Su hija le dió una toma (pág. 564)

carla en seguida... Algún día me dará usted las gracias...

— No lloro, dijo de pronto Magdalena descubriendo precipitadamente su rostro lívido y sus ojos brillantes de un modo vidrioso.

— ¡Bien! Veo que tiene usted valor.

Y considerando terminada su tarea devastadora, la vieja se levantó.

Magdalena había llegado rica de todos los tesoros de la juventud, y la maligna directora la despedía después de haberla espoliado y herido.

— ¡Animo, hija mía!, repitió la vieja abrazando á su víctima y besándola en la frente. ¡Animo!. ¡Rogaré al cielo por usted!.

— Mucha falta me hace, murmuró la joven.

Y después que Magdalena hubo atravesado el patio, la arpa dijo para sí:

— ¡No creo que se me escape!

A pesar de lo corto del trayecto, Magdalena pudo á duras penas llegar á su casa sin apoyarse en las paredes, pues iba con un vértigo loco.

¡Oh! ¡Norberto, Norberto!.. ¿Era, pues, preciso rechazarlo, no creer más en él?.. Pero ¿y aquella carta tan afectuosa, que le abrazaba el corazón?..

Sí..., pero también anunciaba en ella su vuelta á la Rive..., al lado de aquella señora de Wrantz, que de tan extraño modo le miraba... ¡Esperanzas locas..., cimentadas en arena..., desmoronadas ya!..

Iba á toda prisa, sin ocuparse de los transeuntes, espoleada por el recuerdo del enfermo que tenía necesidad de su presencia.

Sin embargo, ¿hablaba del porvenir..., su carta contenía una promesa decisiva.

Pero aunque tan bellos proyectos se realizasen, ¿qué porvenir sería el suyo, sin tranquilidad y sin confianza?

La gloria de Norberto le asustaba. Desfallecía de aprensión á la idea de las luchas que habría de sostener para guardarlo...

Ahora que la duda se había apoderado de ella, no la abandonaría jamás. Semejante vida sería morir mil veces... Más valía matar desde luego su corazón.

Todo esto giraba como un torbellino en su cabeza, yendo por la calle.

Por fin llegó á su casa. En la puerta tropezó con un hombre que salía del pasillo.

Magdalena volvió hacia él sus ojos de alucinada.

— ¿Señorita?..

— ¡Ah! ¿Es usted, Nuggi?, dijo ella maquinalmente.

Luego, el sentido de la realidad penetró súbitamente en su espíritu.

El fundidor acababa sin duda de ver al enfermo.

¿Habría cometido alguna imprudencia?

Mirándole con más detenimiento, notó que estaba lívido, consternado.

— ¿Qué hay?.. ¿Qué le ha dicho usted?

— Señorita..., no ha sido culpa mía. Le encontré

muy tranquilo, muy razonable, y pensé que lo sabía todo..., entonces le hablé del contratiempo...

— ¿Y qué más?..

— ¡Oh! Entonces saltó... Y tuve que contestar á todas sus preguntas... Se figuraba que yo había embalado su modelo... Y luego, en el mismo instante, los empleados del ferrocarril han traído la caja...

— ¿Qué caja?

— La caja con el modelo devuelto del concurso.

Quiso que yo la abriese en seguida. Entonces exclamó: «¡No es eso!.. ¡Se han equivocado!» Y luego, al leer su lema en lugar de firma, se le subió la sangre á la cabeza..., como si fuera á estallar... Iba en busca

de usted para avisarla... La señora Nicolasa se ha quedado con él...

Magdalena subió á escape la escalera.

La señora Nicolasa le salió al encuentro con los brazos en cruz y la mirada al cielo.

— ¡Mi pobre señorita!.. ¡Qué apuro!.. ¡Qué enredo!.. ¿Pues no se le ocurrió preguntarme si había venido al estudio un señor moreno, de americana gris?.. ¡Quién iba á pensar mal! Yo contesté que sí, ¡la verdad!.. Entonces se arrojó como un loco sobre la estatuita y la hizo pedazos, profiriendo palabras gordas... En este momento, se pasea por el cuarto como si estuviese bueno...

— ¡Dios mío!, exclamó por lo bajo Magdalena acercándose vacilante á la puerta.

En el dintel del segundo cuarto se le apareció un fantasma.

— ¡Padre! ¡Padre!

— ¡Embustera!, exclamó Far-

guet amenazándola con su brazo descarnado.

— ¡Padre! ¡Qué imprudencia! ¡Acuéstese usted!, suplicó ella procurando llevarlo á la cama.

— ¡Embustera!, repitió él desprendiéndose con violencia. El periódico retrasado..., la estatua embalada... ¡Embustera! ¡Más que embusteral... ¿Y le has recibido en casa?.. ¡Atrévete á decir que no ha venido!.. Habéis tramado eso entre los dos. Tú también te has vuelto contra mí.

Ella tendía las manos hacia su padre, sin hallar, en su abatimiento, más que palabras incoherentes para disculparse y justificar sus buenas intenciones.

— Sí, decía riéndose el viejo, y la risa de aquel moribundo era siniestra como un estertor. Como es joven y guapo, había de tener más talento que un viejo como yo... Eso es lo que tú pensabas, como esas otras damiselas que le hacen la corte... ¡Saltimbanquis!.. Tú también te has figurado que era un hombre genial... ¡Qué farsa!..

Lívida, cayó Magdalena de rodillas, junto al sillón, con la cabeza apoyada en sus brazos en cruz, vencida por aquel nuevo golpe.

Él, en medio de la estancia, en su espantosa desnudez, seguía gesticulando y divagando con delirante furor.

Toda la amargura, todos los rencores de su vida fracasada, hacían explosión en aquel momento.

De decepción en decepción, se habían gastado su cuerpo y su alma, y en la exasperación en que le sumía su última desilusión, Norberto se le aparecía como la encarnación del genio malo que, después de haberle perseguido toda la vida, le daba aún, al término del camino, un afrentoso golpe...

Aquel hombre era el que le robaba el destino, el que acaparaba la suerte, la dicha, el éxito y la fortuna á sus expensas; el que hasta le robaba el corazón de su hija.

Y le llenaba de improperios con toda la extravagancia de la locura, con toda la virulencia de su envidia y de su odio desencadenado.

Magdalena se levantó, y agarrándose desesperadamente á él le dijo:

— ¡Padre! ¡Padre, por favor, vuélvase á la cama!

Al viejo se le agotaban las fuerzas, pero el instinto de la rebelión subsistía en su demencia y el infeliz resistía á su hija, repitiendo diez veces las mismas palabras.

Poco á poco, la suavidad, la dulzura de la voz que le imploraba, fué penetrando en él.

Sus ideas tomaron otro rumbo. Su exaltación cedió y las lágrimas de Magdalena le vencieron.

— ¡Pícara! ¡Pícara!..

— ¡Papá!.. Todo lo hice por tu bien.

— ¿Crees, acaso, que te quiere... por esposa?.. Sí, algo noté yo en Ruillé... Pero no le creas... Un artista no es un marido... Hoy con una, mañana con otra...

— ¡Padre, por favor!..

— Bien sabes que tu madre no fué dichosa conmigo... Nosotros no amamos más que el ideal... Pero él es un pagano..., un impío... Mujeres desnudas por modelos... ¡Pobre Santa Catalina!.. ¡No te cases con él, Magdalena! ¡Prométeme que no te casarás con él! Se encontraba al borde de la cama, haciendo acopio de sus últimas fuerzas para rechazarla.

— ¡Prométemelo!, repetía obstinadamente.

Ella temió verle morir, y no concibiendo más que el deseo de tranquilizarlo y de meterlo en cama, contestó:

— Sí, lo prometo...

Estas palabras salieron de sus labios sin que ella tuviese conciencia de su sentido.

Entonces él se dejó acostar, repitiendo maquinalmente sus últimas frases.

Su cabeza se hundió inerte en la almohada, y todo el cuerpo se quedó rígido, con la frente cubierta de sudor, los párpados medio caídos y la mirada fija.

Magdalena se inclinaba sobre él, examinando con suma ansiedad aquella inercia fúnebre, donde no se observaban más señales de vida que el movimiento convulsivo de los labios torcidos.

Magdalena se hallaba sola en la casa. La vecina había ido en busca del médico y del cura.

... Era un jueves... La feria estaba en plena animación; su algarabía llenaba el silencio del cuarto del moribundo.

La muchacha se hallaba sumida en la inconsciencia de una pesadilla.

El cura... El médico... Vecinos arrodillados... Palabras en voz baja, de que ella no se daba exacta cuenta... Su padre se muere... Ya ha habido una muerte hoy...

Las tinieblas bajan sobre las órbitas hundidas... «Magd...» Nada más... Y la muchacha se abisma en su dolor, al pie de la cama, con la cara oculta en las sábanas, sumida en una noche tan oscura como la de la muerte.

XI

La cama de los blancos cortinajes está vacía.

Un olor de agua fenicada, de flores y de incienso — la estela de la muerte — impregnaba aún toda la casa.

Negras sombras permanecían sentadas en el saloncito, cuyas persianas estaban cerradas.

Magdalena había echado atrás su velo, y la claridad de sus cabellos rubios y de su blanco rostro brillaba en medio del luto que la rodeaba.

El padre Vergeau se encontraba allí, muy emocionado.

También estaban la madre del cura con la criada Polonia y la señorita Taccart, que se derretía de piedad y de calor bajo sus negros crespones.

— ¡Hija mía, no es posible que te quedes aquí!, repetía la buena Olimpia, llorando... Vente con nosotros á Ruillé, hasta que empiecen las clases..., ya que te empeñas en seguir dando tus lecciones.

— ¿A Ruillé?, dijo Magdalena con extraña entonación. ¡A Ruillé!.. ¡No!..



Al saludo de la muchacha, la directora...

Articuló esta negativa con tal decisión, que Olimpia se quedó mirando estupefacta á su prima.

Magdalena salía por primera vez de su inercia dolorosa, para poner toda su energía en rehusar aquel ofrecimiento.

Era casi una ofensa para sus amigos. ¿En qué otro sitio podía restablecerse mejor de sus emociones y de sus fatigas?

— ¡No quieres venir á Ruillé!.., repitió Olimpia, con una sorpresa indignada, como si hubiese oído una blasfemia.

Magdalena sacudió lentamente la cabeza y se llevó el pañuelo á la boca como para sofocar un espasmo, pero sus ojos permanecieron secos.

— ¡Ruillé, que tanto le gusta y donde tanto la quieren!., apoyó la señora Vergeau.

Elevóse entonces una voz agria y metálica, que vibraba como un alambre tirante.

La directora del colegio se había quedado junto á Magdalena, acompañándola como cosa propia, sin que la muchacha, acostumbrada á la obediencia, opusiese resistencia alguna.

— Tiene razón la pobre chica... En la ociosidad, sentiría más el aguijón del dolor. El trabajo es el más poderoso de los derivados, después de la oración... señor cura.

— Es verdad, dijo el padre Vergeau; pero Magdalena precisamente me ha asegurado á menudo que se comunicaba mejor con Dios en nuestra pequeña iglesia que en ninguna otra parte. ¿No es verdad?

— Dispense usted si insisto, señor cura, añadió el alambre con un ligero temblor. ¡Considere usted los recuerdos recientes que la pobre muchacha encontraría á cada paso para avivar su desolación!

Un brusco estremecimiento recorrió el abatido cuerpo de la huérfana; pero ésta no levantó la cabeza.

— ¿No le parece á usted, continuó la maestra, que un cambio completo de lugar y de costumbres sería más saludable en estos momentos?

— No deja usted de tener razón, dijo el cura indeciso, pensando cuán penoso había de ser para Magdalena el verse sola donde pocos días antes su padre estaba aún lleno de vida.

Miró á Olimpia como para comunicarle tácitamente su pensamiento.

— He propuesto á Magdalena que venga conmigo á casa de una excelente amiga mía, hasta la terminación de las vacaciones. Podemos salir mañana mismo de aquí. Crea usted que la pobre muchacha será objeto de todos los cuidados que pueden sugerir la solicitud y la compasión.

— ¡Es usted muy buena, señorita!, dijo Olimpia.

Esta se levantó y abrazó á Magdalena, cubriéndole el rostro de lágrimas.

— ¿Entonces optas por eso?..

— Sí, contestó distraídamente la huérfana.

La señorita Taccart se sintió herida en el corazón por aquella frialdad indolente.

Y había otra cosa que lastimaba secretamente sus sentimientos.

Al recibir la noticia del fallecimiento de Farguet, Olimpia había enviado una carta á Norberto Dys, que se encontraba en la Rive, y cuya llegada había estado esperando de un momento á otro.

Y el artista no había parecido.

Cierto es que las cartas empleaban á veces cuatro días en andar aquellas cuatro leguas... Pero ¡qué lástima que Norberto no estuviese allí, para influir en las decisiones de Magdalena!..

La buena señora no podía resolverse á partir.

Retrocedió desde la puerta para preguntar otra vez á su prima:

— Seriamente, Magdalena, ¿no quieres venir? Aún estás á tiempo... ¿No?.. En fin, ya sabes que las puertas de la Rosellerie están para ti siempre abiertas; que puedes venir cuando gustes... y que se te quiere mucho...

— Sí, lo sé, dijo Magdalena besándola de nuevo sin emoción aparente.

Cuando todo el mundo se hubo marchado, se dirigió á la maestra y le dijo con la misma voz indiferente:

— Cuando usted guste, señorita..., estoy pronta á seguirla...

... El break del tío Tommery rodaba por la blanca carretera, bajo el ardiente sol de agosto.

Peró el viejo mayoral no se desahogaba con la Morena, y el látigo permanecía inactivo.

El coche iba lleno de gente de luto.

¡Cómo cambian las cosas!

Pocas semanas antes, el pobre Sr. Farguet, lleno de vida, había hecho aquel trayecto en la diligencia.

Con la visera de su gorra calada hasta las cejas, el tío Tommery meditaba sobre la fragilidad de las cosas humanas.

El mismo tema se imponía sin duda á las reflexiones de todos los viajeros, pues iban callados, absortos en sus pensamientos.

De pronto divisaron un vehículo que venía en sentido opuesto.

— ¿Qué es aquello, usted que tiene buena vista, señora Vergeau?, preguntó Olimpia.

— ¡Es un tilburi!, dijo el cura poniéndose la *Semana religiosa* en la frente á guisa de visera.

— ¡Con dos viajeros!, añadió la madre. El uno viste blusa azul... El otro..., calle usted..., el otro... lleva un traje gris...

— ¡Gris!, exclamó Olimpia muy agitada.



Olimpia no pudo contenerse; se levantó á riesgo de perder el equilibrio y agitó su sombrilla

— En efecto, confirmó el cura.

— ¡Es el Sr. Norberto!, dijo Tommery volviéndose hacia ellos. Miren ustedes... Hace señas con su sombrero... Me ha reconocido...

Olimpia no pudo contenerse; se levantó á riesgo de perder el equilibrio y agitó su sombrilla.

Los carruajes pararon uno al lado del otro.

Norberto se apeó y se acercó al break.

— ¡Llego tarde!., exclamó.

Su mirada había recorrido el coche, fijándose en la señorita Taccart.

— ¡Cómo!.. ¿No viene con ustedes?..

— No ha querido venir..., se ha quedado con la directora de su colegio... ¿No recibió usted mi carta á tiempo?

— Un contratiempo estúpido... El cartero la había dejado por descuido en una granja. Me la entregaron esta mañana, al mismo tiempo que la esquila mortuoria... ¿Qué habrán pensado ustedes de mí?..

Su voz vibraba con un ardor contenido. El artista continuó mirando fijamente á Olimpia.

— Ya en camino, tengo ganas de llegar hasta Saily, á fin de explicar esta omisión que me tiene muy disgustado.

— ¡Eso es! ¡Vaya usted en seguida!, contestó la solterona añadiendo el gesto á la palabra.

Norberto dió un apretón de manos al cura y subió al tilburi.

Ambos carruajes se alejaron.

— ¿Usted también había adivinado que la quería?, preguntó la señorita Taccart al cura después que hubo perdido de vista y saludado por última vez con el pañuelo á Norberto Dys.

El cura nada contestó, pero asomó á sus labios una sonrisa. Y la sonrisa se comunicó á las viajeras, que cambiaron una mirada de inteligencia.

Las tres cabezas enlutadas se aproximaron unas á otras... Las tres voces se confundieron en un cuchicheo animado.

— Hacía tiempo que yo veía venir eso...

— Yo bien me lo figuraba...

— Ella es bonita...

— Y él un excelente muchacho...

— Es lo mejor que podía suceder...

Y el tío Tommery, saliendo de su marasmo, merced á aquella corriente alegre, arreó á la yegua:

— ¡Anda, Morena! ¡Anda!..

Así va la vida... De la tristeza surge la esperanza.

— ¡En el colegio Leferle!.. La señorita Magdalena está en el colegio..., había dicho la señora Nicolasa mirando de hito en hito á aquel caballero vestido de gris, que tan súbitamente reaparecía después de los funerales de Farguet.

Norberto llegó, al fin, después de un corto trayecto que pareció eterno á su impaciencia.

Le bullían en confuso torbellino mil ideas en la cabeza y le palpitaba con violencia el corazón en el preciso momento de llamar á la reja del colegio.

Este se halla instalado en una casa pequeña, pues no admitía pensionistas, y en aquella época de vacaciones respiraba tristeza.

Tardaron en abrirle.

Al fin, una criada coja atravesó el patio con una lentitud que hizo cerrar los puños al joven escultor impaciente.

— ¿La señorita Farguet?

— La señorita no quiere recibir á nadie.

Norberto había visto mover las cortinillas de una ventana de la planta baja, y había creído que detrás de aquellos cristales estaba Magdalena.

Su intuición, por lo visto, le había engañado. No era su amiga la que apartó antes el visillo.

¡Pobre Magdalena! Después de haber esperado tanto tiempo en vano á Dys, no contaría ya con él.

— Estoy seguro de que á mí me recibirá, dijo empujando la reja

con autoridad, sin hacer caso de los aires indignados de la coja. ¿Quiere usted pasarle ahora mismo mi tarjeta?

De mala gana, la criada le siguió balanceándose y abrió perezosamente la puerta del salón, donde esperó Norberto.

Todos los muebles, incluso el piano, estaban cubiertos de fundas, como para prohibir su uso.

Varias acuarelas alternaban con cuadros de tapicería en las paredes. Algunas plantas artificiales surgían de macetas cubiertas de papel rizado. También eran de papel las flores que llenaban los jarros imitación de Sevres.

Una esfera y una pequeña librería que contenía lo más insulso de la literatura académica, recordaban el carácter pedagógico de la casa.

Peró nada respiraba la vida, la jovial expansión de la juventud, el vuelo de la inteligencia hacia lo ideal.

— ¡Pobre Magdalena! ¡Qué nevera!, pensó Norberto aburrido de su larga espera entre aquellas cuatro paredes tristes.

Para tener tanta paciencia, era preciso que su amor hubiese modificado grandemente su carácter.

Peró ya llegaba al fin deseado.

En breve se verían libres ambos de aquellas pequeñeces de la vida.

Por fin oyéronse pasos en el vestíbulo. Abrióse la puerta y apareció una sombra enlutada.

El artista, que iba á adelantarse para recibir á Magdalena, contuvo un movimiento de contrariedad y quedó como clavado en el suelo al reconocer á la directora, á quien había visto un instante en la Rive.

La solterona respondió con una majestuosa reverencia al mudo saludo de Norberto, que con la vista fija en la puerta, parecía esperar que entrase otra persona.

(Continuará)

LA DANZA DE LA PRIMAVERA

Al ocuparnos en el número 1.020 de la Escuela Profesional de Cerámica de Teplitz (Bohemia alemana), citamos entre los nombres de los profesores que componen el cuerpo docente de aquella notable institución el de Sergio Hruby, encargado de la cátedra de pintura de figura.

El adjunto grabado, reproducción de un boceto para una pintura mural decorativa, nos da perfecta



LA DANZA DE LA PRIMAVERA, boceto para una pintura mural decorativa, original de Sergio Hruby, profesor de la Escuela Profesional de Teplitz. (Del «Deutsche Kunst und Dekoration», de Alejandro Koch, Darmstadt.)

idea de las aptitudes artísticas de Hruby; es una obra verdaderamente encantadora que, aparte de sus bellezas de composición y de factura, revela una personalidad con estilo propio. La gracia con que están dispuestas y trazadas las cuatro jóvenes que simbolizan la primavera y el sentimiento poético que se desprende del paisaje, son dos notas bellísimas, avaloradas por la delicadeza de tonos que en los menores detalles del boceto se admira.

* *

MONUMENTO A CHEVREUL

Hace poco se inauguró en el Museo de Historia Natural de París el monumento erigido en honor de Chevreul, el químico ilustre é ingenioso, cuyas investigaciones y admirables descubrimientos han contribuido en alto grado á la prosperidad comercial de Francia.

Desde algunos días antes, la hermosa obra del escultor Fagel alzabase sobre su pedestal resplandeciente de blancura, y cuantos por delante de ella pasaban deteníanse á contemplarla, dedicándole unánimes elogios. Los unos alababan el talento del artista, los otros celebraban la acertada elección del sitio en que está colocada, entre la casa en que habitaba el sabio eminente y el anfiteatro, en donde por espacio de tantos años explicó sus lecciones, y todos admiraban el efecto de ese hermoso mármol que tan armoniosamente se destaca sobre el fondo de verdura y proseguían su camino felicitando al gobierno, que tan inspirado había estado al encargar esa magnífica estatua con destino al Museo.

De aquí que la mayor parte de los invitados al acto de la inauguración quedaran sorprendidos cuando M. Perrier en su notable discurso les dijo que la estatua que tan hermoso efecto producía en aquel césped bañado por el sol no había sido, al principio,

destinada al Jardín de Plantas, á pesar de que éste era el sitio más apropiado para ella.

M. Fagel nos ha suministrado sobre este particular los siguientes interesantes datos.

En 1887, el arquitecto Dutert encargaba al celebrado escultor una estatua de Chevreul que había de ser de piedra y que estaba destinada á formar parte del decorado de la escalera del Conservatorio de Artes y Oficios de Roubaix. Cuando la obra estuvo concluída resultó tan acertada y fué tan del gusto del arquitecto, que éste mandó construir para ella un pedestal y la hizo figurar en la Exposición universal de 1889, valiendo á su autor una medalla de oro.

Los fondos de que había dispuesto el arquitecto cuando hizo aquel primer ensayo eran muy limitados; pero comprendiendo el desinterés con que había realizado el artista su trabajo y deseando demostrarle su agradecimiento por ello, consiguió que se le encargara en 1891 un nuevo ejemplar de la misma en mármol blanco, con destino al Conservatorio de Artes y Oficios de París.

A causa de varias circunstancias, aquel mármol permaneció en los talleres del Estado hasta el momento de la exposición de Bruselas, adonde fué remitido y en donde fué muy celebrado. Después volvió á los almacenes nacionales, hasta que en 1900 figuró en la Exposición universal de París.

La obra de M. Fagel fué muy admirada en aquel certamen, y M. Perrier, desde el momento en que la vió, pensó que su verdadero sitio estaba en el Jardín de Plantas, sobre aquel césped que parecía esperarla, en medio de aquel bellísimo marco verdaderamente digno de ella.

Allí la admirarán en adelante las gentes, y hubiera sido gran lástima dejar que permaneciera en medio de las estatuas inutilizadas del Museo Administrativo de Anteuil. Gracias á los esfuerzos y á la hábil diplomacia del sabio director del Museo y á la feliz intervención de M. Chandezé, la estatua del ilustre químico, del sabio filósofo, ocupará el lugar que le correspondía.

Tal es la historia de esta estatua, cuya inauguración reunió un público selecto y se señaló por la lectura de interesantes discursos de los señores Edmundo Perrier, director del Museo; Gautier, sucesor del eminente centenario en el Instituto; Arnaud, sucesor de Chevreul en la cátedra de química del Museo; David, director del Laboratorio de investigaciones de las tinturas en los Gobelinos, y Puglier Conti, representante del Consejo Municipal.

Al pie de la estatua depositóse un ramo de flores sacadas de los invernaderos del Museo; la nieta del gran químico, Mme. Chevreul, dió la vuelta al monumento del brazo de M. Perrier y felicitó con entusiasmo al escultor M. Fagel, y M. Liard entregó á éste las palmas académicas.

A. L. CLEMENT.

* *

MÁQUINAS PARA UTILIZAR

LA ENERGÍA SOLAR

Los tesoros naturales almacenados en el seno de la tierra, como el carbón, el petróleo, la turba, etc., merced á los cuales el hombre ha logrado hoy multiplicar las humanas fuerzas, y el agua y el viento, que con el mismo objeto utiliza, deben su existencia al sol, que desde hace millones de años envía á la tierra su energía vivificadora, aumentándola en parte en forma de carbono y de hidrógeno carburado y en parte condensándola en forma de agua elevada de nivel ó de viento. El astro rey además derrama sobre toda la superficie de nuestro planeta su calórico, con lo cual, si no impide, por lo menos retarda la muerte del mundo que habitamos.

¿Por qué no se ha conseguido hasta ahora utilizar la cantidad inmensa de energía que nos proporciona el sol en forma de calor radiante para otros fines que para los de la agricultura? ¿Por qué no se ha logrado transformarla en fuerza activa? La idea es sencilla y antiquísima, pues ya los matemáticos y mecánicos de la antigüedad clásica se ocuparon de esta cuestión, y se puso nuevamente sobre el tapete hace 100 años, habiéndose estudiado desde entonces el problema por medio de cálculos y de ensayos. El astrónomo Herschel, el físico francés Pouillet y el sueco Ericson, inventor de la máquina de aire caliente, se ocuparon de ello y aun afirmaron que en la zona tórrida los rayos solares que caían sobre un kilómetro cuadrado representaban una

energía de un millón de caballos aproximadamente. Pero teniendo en cuenta las pérdidas que supone primero el apoderarse de este calórico y luego las que determina la máquina de vapor, que es mala conservadora del calórico á ella conducido, podrían darse por satisfechos los inventores si en con el aparato más perfeccionado podían hacer efectiva, de toda aquella inmensa energía teórica, una fuerza real de 100 caballos.

Por estas razones, en el viejo mundo se ha desistido de nuevos ensayos para conseguir algún resultado con las llamadas máquinas solares; pero no ha sucedido lo mismo en los Estados Unidos, en cuyas regiones occidentales hay vastísimos territorios por naturaleza secos, en los cuales se practica un gran cultivo y para los cuales, por consiguiente, tiene vital interés la cuestión del riego artificial por medio de máquinas. Tal sucede en Arizona, en el Colorado, en una gran parte de California y en otros estados, en todos los cuales se ha tratado de resolver el problema de obligar al sol, casi nunca velado por nubes, á extraer el agua de las entrañas de la tierra, habiéndose obtenido recientemente excelentes resultados con una máquina instalada en una finca del distrito de Pasadena (California meridional).

Compónese esta máquina, que reproduce nuestro grabado de la siguiente página, de un embudo colosal colocado en sentido oblicuo á la posición del sol, de 10 metros de diámetro en su parte superior y de 4'50 en la inferior. La superficie interior cóncava está cubierta por más de 1.700 espejitos planos y delgados, cuya inclinación está calculada de manera que todos los rayos solares que reciben son reflejados en un espacio bastante circunscrito del eje del reflector; en este punto está situada la caldera tubular de una máquina de vapor de 12 á 15 caballos, sólidamente fijada en un travesaño de hierro que mantiene fijo y tirante el borde del espejo. El reflector descansa sobre un bastidor de tubos de acero y de alambres, y á pesar de que pesa algunos centenares de quintales, puede moverse con gran facilidad y seguir el curso diario del sol; para esto, el bastidor va montado por un lado sobre un armazón de hierro y por otro sobre un riel circular por el cual se desliza



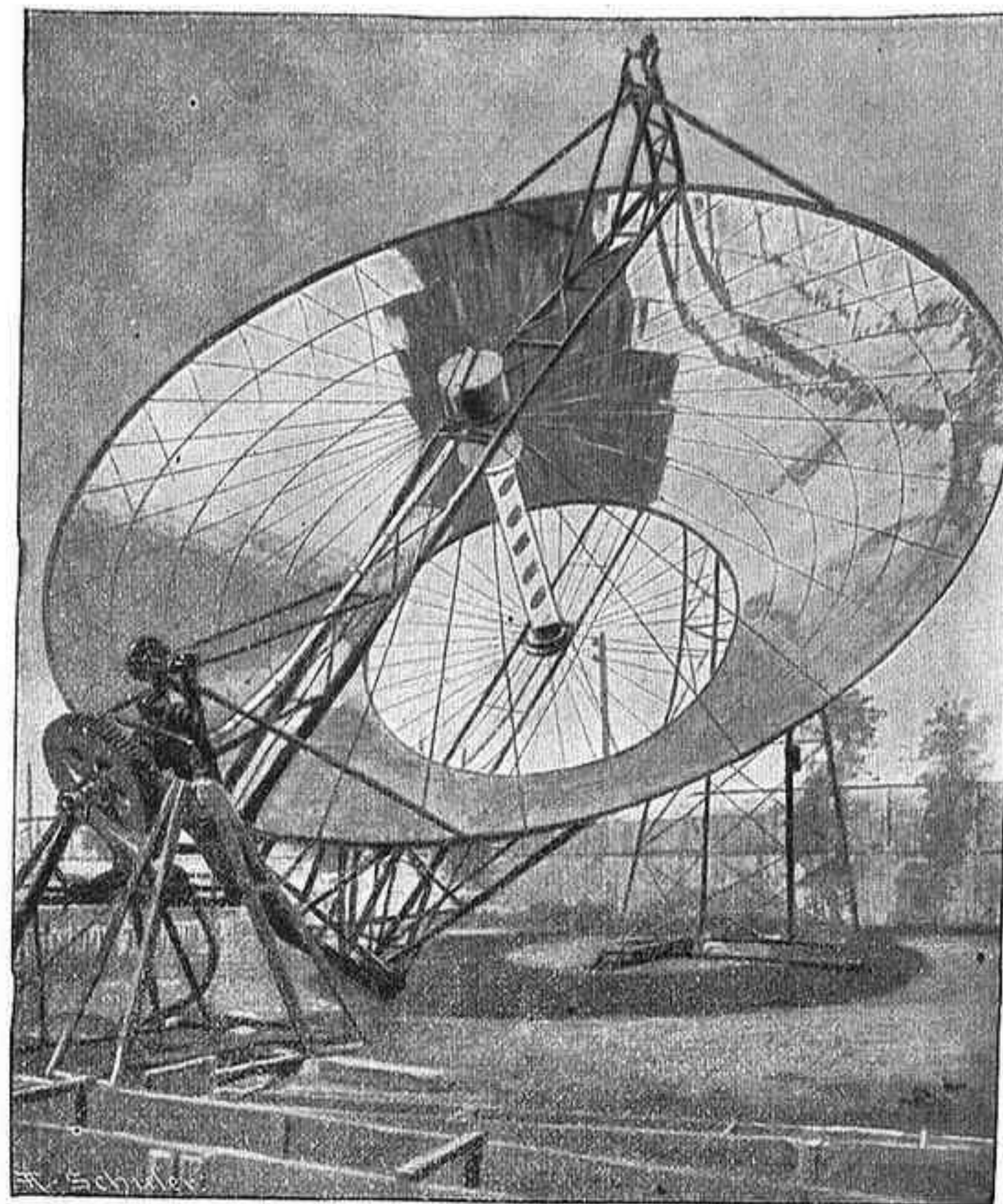
MONUMENTO ERIGIDO EN HONOR DE CHEVREUL en el Museo de Historia Natural de París, obra del escultor Fagel

automáticamente por medio de un aparato de relojería. Con relación á la superficie total del espejo cóncavo, que es de 60 metros cuadrados, resulta tan insignificante la sombra de los travesaños de los alambres y de la caldera, que apenas perjudica á la acción de la máquina.

Si se tiene en cuenta la acción intensa de los rayos solares concentrados en un espejo ustorio de pequeño tamaño, podrá formarse una idea del calor que este espejo colosal acumula en su foco: un pedazo de madera colocado en éste arde como un fósforo, el cobre se fundiría en poco rato y la caldera sólo se salva de la destrucción gracias al agua que contiene,

lo mismo que sucede con las que funcionan por medio del carbón. La distribución de todos los rayos calóricos sobre la superficie de la caldera hace naturalmente que su calórico sea menos intenso y por ende más útil. La formación del vapor en la pequeña caldera es sumamente rápida, la presión obtenida es de 10 atmósferas y la fuerza lograda se eleva á 10 caballos y sirve para hacer funcionar una bomba de riego.

Debemos hacer constar que el conjunto de la disposición de esta máquina no es nuevo, pues hace algunos años Mouchot construyó en Francia una análoga de pequeñas dimensiones: en ésta una caldera, pintada exteriormente de negro para que recogiese mejor los rayos calóricos, estaba colocada en el foco de un espejo ustorio; el aparato, que seguía naturalmente el curso del sol, fué ensayado en Argel y proporcionó tres kilogramos de vapor por hora con una superficie de 3'8 metros cuadrados. La máquina de California que hemos descrito y cuya superficie es 16 veces mayor que la del aparato de Mouchot, ha de producir, para poder impulsar un motor de 10 caballos de fuerza, 100 kilogramos de vapor, lo cual supone un grado de eficacia doble en el reflector; y como las máquinas de grandes dimensiones son por regla general más económicas relativamente que los aparatos pequeños, es perfectamente posible lograr ese resultado. Además, el motor de la máquina que nos ocupa es mucho más perfecto que el que utilizó Mouchot.



Máquina instalada en Pasadena (California) para utilizar la energía solar

Estas máquinas solares, como se comprenderá, no sirven para los países fríos ó simplemente templados, y en la misma zona tórrida, dondequiera que los precios del carbón no sean exagerados, las máquinas de vapor por carbón y en muchos casos aún por petróleo resultarían más baratas que la solar; en cambio es fácil que ésta se generalice en aquellos países cálidos donde escasee el combustible ó falten corrientes de agua. — V. BERDROW.

**

VAGONES-ACUARIUMS

Una de las últimas innovaciones americanas y no de las menos ingeniosas, es la de los vagones-acuarius destinados al transporte de los huevos, de la morralla y de los peces para la repoblación de los ríos en donde ciertas especies son cada día más raras. Estos vagones constituyen verdaderos viveros ambulantes con incubadoras y otros aparatos especiales en donde las crías pueden moverse cómodamente durante el viaje. Los depósitos, de 40 metros cúbicos de cubida, tienen una longitud de 15 metros y pueden ser enganchados á la cola de los trenes directos que corran con una velocidad máxima de 40 kilómetros por hora. La comisión de piscicultura de los Estados Unidos que funciona en Wáshington hace construir además un vapor provisto de viveros de transporte, destinado á la navegación de los grandes lagos.

MALES DE ESTÓMAGO, FALTA DE FUERZAS ANEMIA, CALENTURAS, etc.

QUINA-LAROCHE

Premio de 16.600 francos

EL MISMO **FERRUGINOSO** EL MISMO **FOSFATADO**

Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, etc. Linfatismo, Escrófula, Infartos de los Ganglios, etc.

Paris, 20 et 22, rue Drouot Y FARMACIAS.

Siete Medallas de ORO

PÍLDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro inalterable

Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.

Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO

Exijase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro inalterable

Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.

Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO

Exijase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro inalterable

Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.

Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO

Exijase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

Las Personas que conocen las **PÍLDORAS DEL DOCTOR DEHAUT DE PARIS**

DEHAUT

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO

Pepsina Boudault

Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA

PREMIO DEL INSTITUTO AL D' CORVISART. EN 1856

Medallas en las Exposiciones internacionales de PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS 1887 1872 1873 1876 1878

SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS DISPEPSIAS GASTRITIS - GASTRALGIAS DIGESTION LENTAS Y PENOSAS FALTA DE APETITO Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION

BAJO LA FORMA DE

ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT

VINO. de PEPSINA BOUDAULT

POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT

PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine y en las principales farmacias.

PÍLDORAS DEFRESNE

A LA **PANCREATINA**

Adoptada por la Armada y los Hospitales de Paris.

DIGESTIVO el más poderoso el más completo

Digiere no solo la carne, sino tambien la grasa, el pan y los feculentos.

La PANCREATINA DEFRESNE proviene las afecciones del estómago y facilita siempre la digestion.

POLVO - ELIXIR

En todas las buenas Farmacias de España.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO

PASTILLAS y POLVOS PATERSON

en BISMUTHO y MAGNESIA

Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.

Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

PUREZA DEL CUTIS

en Paris

— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA

ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.

Pone y conserva el cutis limpio y terso

GANDES et Co. 25 St-Denis, 46

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero HIERRO QUEVENNE

Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de exito.

AGUA LÉCHELLE

HEMOSTÁTICA

Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, los *Espustos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho*, *Catarros*, *Mal de garganta*, *Bronquitis*, *Resfriados*, *Romadizos*, de los *Reumatismos*, *Dolores*, *Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

PATE EPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero.) Para los brazos, empleese el *PILLOIRE DUSSEY*, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

EL CONTRATO DE MATRIMONIO. UN DEBUT EN LA VIDA, por H. de Balzac. — Estas dos interesantes obras del ilustre novelista francés forman un nuevo volumen de la Biblioteca Económica que con tanto éxito publica en esta ciudad D. Luis Tasso. Se vende el tomo á una peseta en rústica y á 1'50 encuadernado en tela.

ANUARIO ESTADÍSTICO DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES. 1900. — En la imposibilidad de indicar siquiera todas las materias que son objeto de este anuario, nos habremos de limitar á decir que en él se encuentran reunidos y clasificados con admirable método cuantos datos estadísticos puede desear el más exigente en esta clase de obras. De la infinidad de estados en el libro contenidos, se deduce claramente, así el gran desarrollo que ha adquirido la capital argentina, como las excelencias de su administración municipal, que se reflejan en los progresos de las instituciones más esenciales á la vida social. El anuario, que forma un tomo de cerca de 400 páginas, ha sido publicado por la Dirección general de Estadística Municipal, á cuyo frente se encuentra D. Alberto B. Martínez.

LAS PARRANDAS, zarzuela, letra de Francisco Flores García y Gabriel Briones. — Bonita zarzuela en tres actos y cuatro cuadros, escrita en prosa y en verso que, con música del maestro Brull, se estrenó con gran éxito en 11 de marzo de 1901 en el teatro de Parish, de Madrid.

CARTAS DE MUJERES, por Jacinto Benavente. — Esta obra del ingenioso escritor pone de manifiesto el profundo estudio que su autor ha hecho de la psicología femenina, y se lee con fruición, no sólo por las bellezas de fondo que atesora, sino que también por la elegancia del estilo y por el *esprit*, que constituye



Apuntes para el cuadro «Discurso de Federico el Grande á sus generales antes de la batalla de Leuthen,» de Federico Roerber

una de las cualidades características del Sr. Benavente. El tomo, que ha sido editado en Madrid por D. B. Rodríguez Serra, forma parte de la «Biblioteca Mignon,» lleva bonitos é intencionados dibujos de Ricardo Marín y se vende á 75 céntimos.

HUELLA DE ALMAS, por Francisco Accebal. — El notable literato Sr. Accebal, que en poco tiempo se ha conquistado tan grande como merecido renombre en las letras españolas, se presenta en esta novela como gran observador y conocedor del corazón humano; su obra interesa por la acción que en ella se desarrolla, pero cautiva más, si cabe, por la exposición y desenvolvimiento admirables de estados de alma que el autor sabe ofrecer al lector con todos los encantos y toda la vida de la realidad y avalorados por un lenguaje castizo, natural y sencillo. *Huella de almas* ha sido impreso en Madrid en la imprenta de la Viuda é hijos de Tello y se vende á dos pesetas.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

La Opinión postal y telegráfica, que se publica tres veces al mes en Barcelona; *España Carlésita*, revista mensual ilustrada barcelonesa; *La Medicina Científica*, revista mensual barcelonesa; *Europa y América*, publicación semanal de Badalona (Barcelona); *La Lectura*, revista mensual ilustrada madrileña; *Revista Contemporánea*, publicación quincenal madrileña; *Revista de los Tribunales y de Legislación Universal*, que se publica semanalmente en Madrid; *La Patria de Cervantes*, revista ilustrada mensual madrileña; *El Mundo Latino*, periódico intercontinental que se publica semanalmente en Madrid; *Gaceta Médica de Granada*, revista quincenal; *La Agricultura Española*, revista quincenal valenciana; *El Almanaca*, semanario político de Cuevas (Almería); *Cataluña, Aragón, Valencia, Baleares*, revista que se publica en Buenos Aires; *El Pensamiento Latino*, revista internacional latino-americana que se publica dos veces al mes en Santiago de Chile.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 96, Barcelona

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE B^m BARRAL
 disipan casi INSTANTÁNEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FOMOUZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTITION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTITION.
 EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL ANIOL DE LOS JORET-HOMOLLE
 CURA
LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
 F^{ca} G. SÉGUIN — PARIS
 165, Rue St-Honoré, 165
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazon, Hydropesias, Toses nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.
 Empleado con el mejor exito

Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ
 El mas eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

Bergotina y Grageas de BERGOTINA BONJEAN HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las perdidas.
 Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de Paris
 LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

GARGANTA VOZ y BOCA PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz.—PRECIO: 12 REALES.
 Exigir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

Jarabe Laroze DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE al Bromuro de Potasio DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corason, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S^{an}-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
 • Fabrica, Especiones: J.-P. LAROZE & C^o, 2, rue des Lions-St-Paul, á Paris.
 • Deposito en todas las principales Eoticas y Droguerias

HARINA lacteada NESTLÉ
 Proveedor de la Real Casa
 26 Diplomas de Honor.
 31 Medallas de Oro

ALIMENTO COMPLETO para NIÑOS
 Recomendado desde hace 35 años por las Autoridades Médicas de todos los Países. Contiene la leche pura de los Alpes Suizos. Pídase en todas las Droguerias y Farmacias. Para pedidos dirigirse á MIGUEL RUIZ BARRETO Jerez de la Frontera.

CREME DE MECQUE DUSSE MARAVILLOSA RECETA, SANA Y BENEFICA Da al cutis la blancura nacarada del marfil. 1, Rue Jean-Jacques Rousseau, 1, PARIS Se vende en las principales Perfumerias, Barberias y Bazars.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN